

JÁN SOLOVIČ

LLUVIA  
DORADA



# LLUVIA DORADA

Ján Solovic



EDITORIAL ARTE Y LITERATURA  
CIUDAD DE LA HABANA, 1968

*Título original de la obra: Obcianska trilógia*

*Traducción: Viera Piñón*  
*Edición: Kvieta Sedláková*  
*Corrección: Maritza Vázquez*  
*Cubierta: Roberto Artemio*

*Primera traducción al español*

© Editorial Slovensky Spisovatel, Bratislava, 1981  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Arte y Literatura, 1988

Este libro ha sido procesado en el Combinado Poligráfico «Alfredo López», terminado en el mes de noviembre de 1988, «Año 30 de la Revolución», Ciudad de La Habana, 08-07.

Esta edición consta de 8 400 ejemplares.

**EDITORIAL ARTE Y LITERATURA**  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly no. 4, Habana Vieja  
Ciudad de La Habana, Cuba

## PRÓLOGO

*Treinta años de presencia ininterrumpida en los tablados checoslovacos y extranjeros, catorce piezas para el teatro, siete para la radio, tres adaptaciones y un serial para la televisión, un guión de cine y un libro para los niños, innumerables conferencias y artículos en la prensa, centenares de conversatorios con los lectores... ése es el balance actual de la obra del dramaturgo eslovaco Ján Solovic, al que presentamos a nuestro público lector mediante este pequeño tomo titulado Lluvia dorada, contenido de una trilogía de piezas teatrales que recorrieron decenas de teatros nacionales y extranjeros, y deleitaron —y siguen deleitando— a miles de amantes de este género, uno de los más antiguos de la cultura de la Humanidad.*

*«Se agotaron las entradas.» Este letrado fastidioso aparece en las taquillas de los teatros eslovacos apenas unas horas después de anunciada una reposición o un estreno de Solovic. En nuestros tiempos, cuando el cine y la televisión podrían considerarse rivales poderosísimos de las tablas tradicionales, las obras de Solovic no conocen salas a medio llenar y pueden prescindir de la divulgación a grandes escalas. Sin distinción de edad, el público afluye a presenciar una*

y otra vez las piezas de su preferencia y establece un diálogo familiar con el autor y sus intérpretes en el escenario.

Es interesante indagar sobre los motivos de esta incuestionable y en mucho envidiable popularidad de un autor que, recién cumplido su cincuentenario, ya puede contar con una reputación y crédito poco comunes.

Con sus obras de las décadas del sesenta y setenta Solovic deviene un autor dramático representativo de esta etapa, entendiéndose por «representativo» el vínculo entre sus piezas y la situación socio-cultural y a la vez dramática y teatral. Entre la problemática abordada por el autor y la problemática social de la época se establece una relación directa, motivada tanto subjetivamente —por la actitud del autor frente a las tendencias y los valores sociales—, como objetivamente —por un apremiante encargo social—. En esencia se trata de hallar y llevar a la escena aquellos problemas sociales a través de los cuales pueda quedar claramente demostrado que, en su orientación fundamental, la sociedad socialista conquista éxitos incuestionables y también que en el trasfondo de estos éxitos surgen a veces «situaciones engorrosas» que revelan problemas y desviaciones indeseables de la sociedad y de individuos aislados.

El tema central de las obras de Solovic es la relación entre los valores y «antivalores» de los individuos, analizados sobre el fondo de la vida

social. La sociedad y sus relaciones, sus valores y su moral pueden proyectarse al drama de tal modo que el conjunto de estos fenómenos constituya la esencia de la conducta individual de los personajes. Pero existe también una segunda posibilidad, cuando la conducta individual de los personajes encuentra su medida en las normas y valores sociales. A la dramática de Solovic le es propio este segundo modo. El contenido ideológico y la acción de sus piezas están encaminados a destacar a aquellos tipos humanos que, desde el punto de vista de los ideales sociales dados, son valiosos para la sociedad, contraponiéndolos a aquellos que no lo son. En la serie de piezas que integran la Trilogía civil, el núcleo del conflicto radica en la bipolaridad de la conducta social, positiva y negativa. Se trata de la existencia individual del hombre simétrica o asimétrica a la conciencia de la sociedad.

Trilogía civil, o Lluvia dorada, como titulamos nosotros su edición en español, consta de tres obras: El Meridiano (1973), El Jaguar plateado (1974) y Lluvia dorada (1976). En su conjunto se caracterizan por la incorporación en ellas de una problemática más amplia, donde el individuo, protagonista de la obra, no se destaca principalmente por sus propiedades personales y la vitalidad sino que es medido con el rasero de la norma social y de los valores sociales. Hay que apuntar que la incorporación de esta problemática más amplia es acompañada por el éxito y

por la impresión de que *El Meridiano*, la primera pieza de la trilogía y hasta el momento la mejor entre las obras de Solovic, es una pieza capaz de producir no sólo emociones fuertes, sino también de mantener un contacto vivo entre el individuo y la sociedad. La condición del resonante éxito de *El Meridiano* radica ante todo en la relación contrastante entre su protagonista Tomás Benedik y el conjunto de personajes dramáticos. La figura de Tomás está llena de autenticidad, es un personaje genuinamente eslovaco que concentra en sí un alto grado de experiencia social y popular, un personaje que encaja muy bien en la situación dramática que es heroica y trágica a la vez. Podría decirse que el carácter heroico y trágico de esta figura está marcado por la extinción física, la muerte. Pero eso sería sólo una parte de la verdad. Porque justamente estas cualidades dramáticas del personaje están dadas por su prehistoria, es decir, por su vida, su conducta, pero ante todo por su integridad moral. El objetivo de la pieza es mostrar que los ideales socialistas no han perdido nada de su valor y que entre las bases históricas de estos ideales y la actualidad hay una relación, una relación muy seria, cuando la vida presente, sobre todo la de los jóvenes, ha de ser dotada de los ideales materializados en el trabajo y en la conducta moral de los mayores.

Las dos piezas restantes constituyen creaciones artísticas independientes cada una, pero to-

mas todas en conjunto, en su continuidad en el tiempo y en su interrelación, se subraya y se enfatiza la idea general: la intransigencia ideológica y la vigencia de los principios que guiaban en vida a Tomás Benedik, que siguen presentes en toda la trilogía y continúan rigiendo la vida y los actos de cada uno de los miembros de la familia Benedik.

Ján Solovic (1934), egresado de la Escuela Superior de Arte en Bratislava, debutó como autor dramático siendo estudiante universitario con la pieza radical *El genio de Torun* (1953). Antes de terminar la carrera estrenó su primera pieza teatral *La última tormenta* (1955), cuya acción se desarrolla en el campo eslovaco. Posteriormente la atención del autor se desplaza hacia la vida en la ciudad, medio social en el que había crecido. En 1958 llamó poderosamente la atención de la crítica y resultó un verdadero éxito el estreno de *Cinco minutos para la medianoche*, escrita para la radio y más tarde adaptada para la televisión, cuya acción tiene lugar en un sanatorio para alcohólicos. En ella Solovic ya se manifiesta claramente como pensador, conocedor del alma humana y defensor apasionado de la justicia. En la década del sesenta se dedica casi exclusivamente a la creación para la radio y la televisión. En las obras de esta etapa dedica particular atención a las relaciones humanas, lucha por los caracteres puros y pone en la picota la cobardía y el egoísmo.

*En la década del setenta la creación de Solovic se enriquece con nuevas obras teatrales, aunque del año 1974 data también su interesante serial televisivo Objetos perdidos y hallados, y de 1972, el guión de la cinta Hombres bastante buenos. En la primera pieza teatral de esta etapa, Una situación terriblemente engorrosa, defiende con coraje la valentía humana. En la comedia La aventura de un mendigo (1970), censura la avaricia humana valiéndose del interesante argumento sobre dos barberos que quieren enriquecerse mediante el robo. La siguiente pieza, La torre de la esperanza (1972), está ubicada en el ambiente fabril, donde el autor concentra su atención en los problemas laborales, buscando simultáneamente los vínculos imprescindibles para la mejor convivencia de los seres humanos. A esta obra siguió la Trilogía civil integrada por El Meridiano (1974), El jaguar plateado (1975) y Lluvia dorada (1976). Las piezas Cuidado con los ángeles (1978) y El derecho de errar (1981) son sondas críticas en la actualidad eslovaca. En la primera se aborda la problemática de la salvación de los monumentos de valor histórico, y la segunda llama a reflexionar sobre las consecuencias del constante empeoramiento del medio en que vive el hombre. La temática de la lucha contra la devastación y el maltrato de la naturaleza reaparece en la pieza La reina de la noche en el mar de piedra. En ella la temática ecológica se*

*vincula con la crisis moral y se flagelan las manifestaciones y apetencias pequeñoburguesas.*

*Artista emérito, Ján Solovic es portador de numerosas distinciones artísticas y públicas, entre ellas, de la orden Por los Méritos en la Construcción, Premio Estatal de la República Socialista Eslovaca y Premio Estatal «Klement Gottwald». Actualmente desempeña el cargo de Presidente de la Unión de Escritores Eslovacos.*

LIC. VIERA PIÑÓN

## EL MERIDIANO

### OBRA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

## PERSONAJES

TOMÁS BENEDIK

EVA, su esposa

ILIA } sus hijos

MIKI }

MAGDA, compañera de aula de Miki

HAJNOS, médico

*Los acontecimientos tienen lugar en nuestros días.*

## ACTO PRIMERO

*Viernes por la tarde.*

*La sala de un apartamento de dos piezas, en el cuarto piso de un edificio ubicado en el barrio nuevo de la ciudad. Verano caluroso.*

*(Si las condiciones lo permiten, el escenografo puede abrir para los espectadores una vista de todo el apartamento y, a través de las ventanas, al tendido eléctrico de la estación ferroviaria por la que pasan ruidosamente los trenes. De lo contrario, para toda la pieza es suficiente sólo el espacio de la sala, donde los seis personajes solamente se encontrarán junto en el momento culminante de la obra.)*

## ESCENA PRIMERA

*Tomás.*

*En el transcurso de los momentos en que abre la puerta del apartamento, guarda la gorra y el*



saco del uniforme de ferroviario, abre de par en par las hojas de la ventana y comprueba la hora entre los ecos del expreso Meridiano que se aleja; reconocemos en él a un hombre de unos cincuenta años, prematuramente envejecido. Y aun que según el reloj que sostiene en la mano el expreso pasó exactamente a la hora señalada, en el rostro del viejo maquinista no se observa satisfacción. Al contrario, algo como un dolor o fatiga lo obliga a apartarse de la ventana y dirigirse hacia el sofá lleno de cojines. Se sienta, trata de desabrochar los botones de la camisa sudada y, al no conseguirlo, se acuesta así mismo. El silencio sólo es interrumpido por las voces de los niños que juegan abajo, en el patio, y por el ruido del ascensor, que cesa con el golpe de la puerta que se cierra.

## ESCENA SEGUNDA

Eva y Tomás.

EVA. (Entra con dos jabas repletas y, sin tomarse un instante de descanso, comienza a trajinar.) ¿Ya estás en casa? ¿Tan temprano? ¡Dios mío, qué calor pasé hoy! Pensemos que en cualquier momento me daría un sonajero en esa caja. Pero a nuestro jefe puedes rogar y suplicar, y todo es tiempo per-

dido. Se hace el distraído. Desde mayo le estoy pidiendo que mande instalar los ventiladores. ¡Un comercio tan grande, y sin ventiladores! Él, claro está, no padece. Cuando tiene calor, entra en el almacén y las aprendices le abren todas las botellas de cerveza que se le antojen... ¡Qué le va a importar una cajera, que reviente trabajando ocho horas, hasta a pleno sol si se presentara el caso! Le importa un comino... Oye, Tomás... ¡Mira! (Saca de la jaba una botella.) Hoy nos llegó el té embotellado. (Mira la botella, no a Tomás.) Figúrate que se agotó en menos de media hora. Dicen que no tiene... ¿cómo se llama eso que tiene el café?... cafeína... Pero tiene otro nombre. Otros dicen que es bueno para curar el cáncer. En media hora se vendieron trescientas botellas. Dios mío, la gente compra ya hasta dinamita, basta que alguien les diga que evita el envejecimiento. No hace mucho, Ilia me decía que en la capital lo estaban vendiendo desde hace tiempo, y que en los mercados ya no saben qué hacer con él, pues la gente le hace el caso del perro... ¿Tomás? ¿Y qué pasará con Ilia? Hace tiempo que no viene a casa ni escribe, tengo un mal presentimiento. ¿No debiéramos ir a verlo? ¿Mañana por la tarde? ¿O el domingo? (Sólo ahora repara en el marido y se percata de que él no le responde. Se acerca a él y se queda pasmada.) ¡Tomás! (Lo

agarra por el hombro y lo sacude.) ¡Dios mío! ¿Qué te sucede?

TOMÁS. Abre la ventana.

EVA. ¿Qué ventana? Está abierta.

TOMÁS. Entra poco aire.

EVA. ¿Poco?

TOMÁS. Terriblemente poco.

EVA. ¿Qué te sucede? ¿Qué te duele? Estás pálido... Tienes las manos heladas, a pesar del calor...

TOMÁS. ¿No has traído algunas pastillas?

EVA. ¿Qué? ¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo?

TOMÁS. Dame...

EVA. ¿Qué? ¿Llamo una ambulancia?

TOMÁS. No es necesario.

EVA. ¿Que no es necesario...? (Corre al teléfono, quiere marcar un número, pero el aparato está sin corriente.) ¡Dios mío! ¡Precisamente ahora no tiene tono!

TOMÁS. ¿No tienes nada?

EVA. Por Dios, ¿qué?

TOMÁS. Alguna pastilla...

EVA. Espera... Hay un médico en el edificio iré en su busca. Veníamos juntos en el ascensor.

TOMÁS. ¡No, a ése no!

EVA. ¿A cuál entonces?

TOMÁS. No hace falta médico.

EVA. Sí que hace falta. Estás temblando. ¡Dios mío! Quédate así, acostado, no te muevas... Enseguida estoy de regreso.

*Sale corriendo al pasillo.*

*Como para contrariar las órdenes de la esposa, trata de incorporarse. Le cuesta trabajo, pero al fin logra sentarse. Así respira más fácil. Se pone tras la espalda un cojín grande. Un momento de alivio. Silencio, y luego el ruido de una locomotora que tira de un tren de carga. Tomás vuelve a sacar el reloj, comprueba la hora y antes de que resuenen los pasos en el corredor, atina a coger en la mano un periódico y encender el radio encima del sofá. La sala la inundan los acordes de la famosa Marcha Rebelde de Cikker.*

### ESCENA TERCERA

*Hajnos y los anteriores.*

HAJNOS. Vaya, vaya... ¿Qué estoy oyendo? Me parece que la señora me...

TOMÁS. Lo ha hecho venir en vano.

EVA. ¿En vano? Mírelo nada más, doctor.

HAJNOS. Vamos, vamos... Los dos ya llevamos medio siglo a cuestras, pero eso no quiere decir...

TOMÁS. Que nos pueden dar de baja así como así.

EVA. Tú mismo te darás de baja. Si pretendes continuar así. ¡Dios mío! Trabaja por turnos, tiene un montón de cargos, tiene tres cargos de presidente y sabe Dios cuántas cosas más.

HAJNOS. (Sentado ya al lado de Tomás, le palpa el pulso y le toma la presión.) Él es así y ya no va a ser de otra manera. Así son también los tiempos que estamos viviendo, señora mía. Aunque lo cierto es que algunos de nosotros nos desgastamos voluntariamente demasiado deprisa.

EVA. Hace tiempo que se lo estoy advirtiendo, pero él no me hace caso. Es como hablarle a esa pared. (Apaga el radio cuando ve que Hajnos se está poniendo en los oídos el estetoscopio.) Y esto también. No hay necesidad de que se esté desgañitando todo el bendito día.

HAJNOS. Ay, cuando oímos por primera vez esta marcha, éramos unos mozos con treinta años menos en la espalda.

EVA. Mozos, sí... Pero eso pertenece ya a la historia... Y él se imagina que todavía puede saltar cercas como entonces.

HAJNOS. Lo cierto es que ya no está para eso. Esas cercas hay que cedérselas a los jóvenes.

EVA. Felizmente, parece que los jóvenes de hoy son más inteligentes. No es tan fácil cargarlos de responsabilidades. ¡Qué va! Y hacen bien; que disfruten la vida.

HAJNOS. A propósito, ¿y su hijo...?

EVA. ¿Cuál de ellos?

HAJNOS. El mayor.

EVA. Pronto se graduará de arquitecto.

HAJNOS. Qué bien, así que artista.

TOMÁS. Ciertamente, tremendo artista..

HAJNOS. ¿Y el menor? Me parece que se graduó en el preuniversitario junto con mi hija.

TOMÁS. Así es, me lo dijo.

EVA. Se graduó y con notas sobresalientes.

HAJNOS. Inteligente el muchacho. Ése tendrá éxitos, y no sólo con las mujeres.

EVA. Ojalá sea así. Pidió medicina. Ya hizo los exámenes de ingreso, pero aún no sabemos si lo admitieron.

HAJNOS. No habrá problemas

EVA. ¿Usted cree?

HAJNOS. Seguro. Si terminó con notas sobresalientes y no tiene problemas políticos, no puede haber complicación alguna. Con tantos méritos y cargos que tiene su papá. Por cierto, la única complicación que pudiera surgir es, cuando más, una presión que no anda de todo bien.

EVA. ¿Qué dice?

HAJNOS. Digo que la presión no anda del todo bien, pero hay manera de nivelarla. De arreglarla. Con un poco de tranquilidad y reposo. Vaya a verme el lunes. Necesita desconectar.

TOMÁS. ¿Desconectar?

HAJNOS. O mejor lo enviaré a un cheque completo para tener más seguridad.

TOMÁS. Olvídese de eso, no tengo tiempo para estar deambulando por los hospitales...

EVA. ¡Ya! Y de nuevo la misma canción. ¿Doye? Tiempo. ¡Él no tiene tiempo! Qué curioso. Todo el mundo tiene tiempo, sólo él no lo tiene.

HAJNOS. Lo comprendo, pero a cualquiera puede suceder que un buen día...

EVA. Que un buen día lo parte un rayo ¡adiós!

TOMÁS. No serías tú si no exageraras...

EVA. ¿Yo? ¿Acaso fui yo quien te tomó la presión?

TOMÁS. Es a causa de los calores.

EVA. Naturalmente. Y en el invierno, por el frío. Eso lo conozco ya. Es una canción muy vieja.

TOMÁS. Pero el lunes no puedo, de verdad.

HAJNOS. Entonces el martes.

TOMÁS. Es el día de la inspección, muy importante.

EVA. La inspección podrán hacerla también sin ti.

HAJNOS. Una obra así acaba con los nervios de cualquiera.

EVA. Y si al menos fuera el garaje o la casa de uno, está bien, no diría nada. Pero ellos llevan años construyendo un depósito de locomotoras, y podían haberse pasado tranquilamente unos cuantos años más, pero a alguien se le aflojó una tuerca en la cabeza y quiere que se termine precisamente ahora. Para el aniversario del Levantamiento.

TOMÁS. Y lo terminaremos.

EVA. Pero conmigo no cuentas. Yo sí que no voy a echar hormigón. Basta que el muchacho lleva ya tres semanas matándose.

TOMÁS. Le pagarán bien. En nuestros tiempos lo hacíamos como trabajo voluntario. En Hronská Dúbrava, en la construcción del Ferrocarril de la Juventud, trabajábamos a cambio de pan con mermelada.

HAJNOS. ¡Y cómo se trabajaba!

TOMÁS. ¿En qué campamento estaba usted?

HAJNOS. ¿Decía?

TOMÁS. No recuerdo haberme encontrado allí con usted.

HAJNOS. Pero yo le aseguro que sí nos encontramos. Sólo que había más gente que hormigas, ¿recuerda? Pero con todo, no nos faltaba la imprescindible dosis de romanticismo. Parece que eso es lo que les falta hoy a los jóvenes. Están echando hormigón en el depósito de locomotoras y lo único que les interesa es que cuánto les van a pagar. Eso es todo. Bien poco para ser un ideal para un joven. Oiga, ¿y si de veras lo logran? Quiero decidir terminar ese depósito... Terminarlo en la fecha señalada. Oí decir que vendría una delegación de alto nivel, o del más alto nivel. ¿Es cierto eso?

TOMÁS. Lo más importante es lograrlo. El nivel de la delegación ya se adecuará.

HAJNOS. No estaría de más. Pocas veces se presenta una oportunidad así...

TOMÁS. ¿Qué oportunidad?

HAJNOS. Bueno, de encontrarse con viejos amigos, compañeros...

TOMÁS. ¿De alto nivel?

HAJNOS. ¿Y no cree que muchos de ellos lo tienen? ¿Que ocupan los cargos casi más altos?

EVA. Dios mío, doctor, ¿de veras?

HAJNOS. Sólo que entonces, ciertamente... Entonces nadie pensaba en eso. Nos calentábamos en las trincheras con nuestro propio aliento, unos a otros.

TOMÁS. Eso es cierto.

HAJNOS. Ya ve. Mi hija dice que son cuentos. Leyendas, en cuya veracidad llegamos a creer nosotros mismos en estos treinta años.

TOMÁS. ¿De veras? ¿Y usted? ¿Cómo es que usted...?

HAJNOS. ¿Yo?

TOMÁS. Que no está desde hace tiempo en algún...

HAJNOS. ¿Dónde?

TOMÁS. Cómo diría... En un puesto más alto.

HAJNOS. No soy de ese tipo de personas.

EVA. Es correcto, doctor.

HAJNOS. En todas partes viven seres humanos y el médico, si quiere, puede realizarse dondequiera. Con eso no quiero decir que no hubiera podido, no. Hace años que mis compañeros de la resistencia me insisten que acepte cargos.

EVA. Sólo que usted, a diferencia de mi marido les responde como hombre inteligente que es: muchas gracias.

HAJNOS. Sin embargo, tengo un sinfín de responsabilidades, incluso más que mis colegas más jóvenes. Qué se le va a hacer, nuestra generación es así. Sencillamente, no podemos negarnos a trabajar por la causa común.

TOMÁS. Si usted lograra reunir a unos diez choferes de camiones, le aseguro que prestaría un gran servicio a la causa común.

HAJNOS. ¿Choferes? Lamentablemente, no. Gente de ese oficio escasea mucho.

TOMÁS. Si fueran sólo los choferes... El hombre el hombre como tal empieza a escasear. El más común hombre laborioso.

EVA. Pero yo no acabo de comprender por qué te rompes la cabeza con eso. ¿Para qué estás los jefes, directores y viceministros? ¿No son ellos los que deben ocuparse de eso? Tú no eres más que un simple maquinista que trabaja por turnos.

HAJNOS. Vamos, vamos, yo no diría que es un simple maquinista. El presidente de la organización partidista del depósito de locomotoras en construcción no es un don Nadie. Es una responsabilidad que no se puede eludir y en la que no valen pretextos burocráticos. Hay que comprenderlo así. Es lógico.

EVA. Pero yo no lo comprendo así ni lo comprenderé nunca. ¡Lógica! Uno se está matando y los demás lo contemplan tranquilamente desde sus jardincitos.

HAJNOS. Bueno... Aunque la verdad es que esos jardincitos, dado nuestro modo de vida, no perjudican a nadie, más bien nos proporcionan la ocasión para un poco de actividad física. ¿Y ustedes no tienen huerto? ¿No cultivan nada?

EVA. Sólo flores en macetas. En el balcón.

HAJNOS. Es una lástima.

EVA. Cuando se distribuían las parcelas, el presidente del comité de vecinos, aquí presente, repartió con tanta generosidad que para nosotros no quedó nada.

TOMÁS. Como si esas macetas no fueran suficientes.

HAJNOS. Sí, me fijé en ellas. Tienen ustedes unos geranios preciosos. Sólo he visto iguales en mi región natal, en Lupca.

EVA. ¿En Lupca? ¡Dios mío, doctor! Entonces ustedes dos son coterráneos.

HAJNOS. ¿Usted no lo sabía?

EVA. Al menos ve cómo andan las cosas en esta casa. Aquí, sencillamente, no hay tiempo para hablar de cosas importantes.

HAJNOS. Sí, sí. Nuestra región natal. ¿Quién iba a pensar que a nosotros, muchachos de las montañas, la vida nos arrastraría a este llano caluroso? Pero qué se le va a hacer. En todas partes vive gente. Y sin embargo le diré con sinceridad: no acabo de acostumbrarme. Ese horizonte sin fin, ni una loma siquiera... No es ése mi horizonte preferido.

EVA. Habla usted igual que Tomás. Él también suspiraba cuando nos mudamos por acá. Pero con el tiempo el hombre se acostumbraba a todo.

HAJNOS. Sin embargo, en el caso de usted fue distinto. Por la mañana en el llano, por la tarde su esposo, montado en su caballo, paseaba entre las montañas.

EVA. ¡Qué cosas tiene la vida! Pues, yo nunca hubiera pensado que eran ustedes paisanos nacidos en la misma región y sin saberlo uno ni el otro.

TOMÁS. Lo cierto es que nunca hubo tiempo para eso.

EVA. No hables así. Si yo me encontrara ahora con alguna compañera mía de la escuela, la abrazaría y lloraría de la alegría, aunque la viera en el medio de la calle. Y, desde luego, nunca la trataría de usted.

HAJNOS. De verdad que no hubo oportunidad... hasta ahora... quiero decir, para decidir eso...

EVA. Por favor, doctor...

HAJNOS. Tiene usted razón. Tiene usted toda la razón, señora mía. Creo que soy un añito o dos mayor. (*Le tiende la mano a Tomás.*) Mi nombre de pila es Peter. Es cierto que no debemos seguir tratándonos de usted. Sería una vergüenza.

*Tomás acepta la mano de Hajnos.*

HAJNOS. Y tu nombre es Tomás, si bien recuerdo.

EVA. Bueno, y esto es una oportunidad para brindar.

HAJNOS. (*Protesta gesticulando.*) No, no, no. Yo no soy un cumplidor tan fanático de las antiguas tradiciones eslavas.

TOMÁS. ¿Lo dices a causa de mi presión?

HAJNOS. Me encanta hacer disparates, pero la presión es algo con lo que no se debe jugar. Irás a verme, te levantaremos de nuevo, no temas.

EVA. ¡Al fin! No pueden imaginarse qué fe me siento.

TOMÁS. ¿Porque a tu marido lo van a meter un hospital? ¡No sabes lo que falta para que llegue ese día!

HAJNOS. Escucha, Tomi, me acordé de algo. Si la memoria no me falla, nosotros dos estuvimos combatiendo en la misma brigada.

TOMÁS. No recuerdo.

EVA. ¡No sería él! Esclerótico ya a los cincuenta, pero no quiere verse con el médico.

HAJNOS. Te aseguro que estuvimos juntos. Creo que tengo hasta fotografías...

EVA. ¿De veras? Tiene que mostrármelas. Me gustaría verlo cómo lucía cuando guerrillero. Aparte de la foto de boda no tiene ninguna de los años mozos.

HAJNOS. En mi caso sucede todo lo contrario. Yo tengo mi documentación personal prácticamente completa, por así decirlo. Uno nunca sabe en qué momento le van a hacer falta esas cosas. Ahora mismo, ya ves... Precisamente iba a ver a Vincent. Vive en Praga. Es una suerte haberme encontrado contigo. Me ahorraré un viaje largo. En la ida y vuelta perdería al menos tres días, pero ahora puedo resolverlo directamente aquí. Por decirlo, en la misma casa.

TOMÁS. No entiendo nada.

HAJNOS. Te asombrarás. Imagínate que yo, hasta el sol de hoy, no estoy acogido a la ley doscientos cincuenta y cinco sobre los combatientes del Levantamiento.

TOMÁS. ¿Y qué quieres de mí?

HAJNOS. Una firmita.

TOMÁS. ¿De mí?

EVA. Dios mío, Tomás, no querrás decir que...

TOMÁS. Eva, por favor...

EVA. Está bien, está bien... Ya me voy. *(Se dirige a la cocina.)*

HAJNOS. *(Cuando se quedan solos.)* ¿Acaso tienes alguna duda con respecto a mi persona?

TOMÁS. Será mejor que vayas a buscar esa firma a Praga.

HAJNOS. *(Se levanta.)* Está bien. Por supuesto, no voy a obligarte a nada. Es natural. Sólo pensé que...

TOMÁS. Es que mi memoria... ¿Sabes?

HAJNOS. Puedo probarlo todo, presentar documentos...

TOMÁS. No es necesario. Iba a decir que mi memoria todavía no anda tan mal.

*Hajnos recoge sus cosas de la mesa.*



EVA. (*Aparece en la puerta.*) ¿Y qué ha con él hasta el lunes? ¿No le va a rece nada?

HAJNOS. (*A punto de marcharse.*) No, no necesario. Sólo necesita tranquilidad, evi las alteraciones y tratar de hacer reposo soluto. (*Se va.*)

EVA. (*Va al recibidor para cerrar la pue detrás de Hajnos. Después regresa de nuev*) ¿Qué significa todo esto?

TOMÁS. Ya lo has oído.

EVA. Pero él tiene toda su documentación orden...

TOMÁS. Es curioso que con toda esa docum tación tan impecable no haya resuelto na hasta ahora.

EVA. Y sin embargo yo creo que bien vale pena estampar una firma para tener a un dico agradecido en la casa.

TOMÁS. ¿Será posible que me conozcas mal?

EVA. Precisamente. Te conozco demasiado b Pero te voy a decir una cosa: no son pocos que están entrando en razones al menos después de viejos. Pero tú...

TOMÁS. Y yo voy a decirte otra cosa: ese Pe que tanto te agradó y con el que por poco tuteas...

EVA. ¿Yo?

TOMÁS. ...tenía como guerrillero una sola preocupación, la más importante, en aquella baña que ocupábamos al pie del monte Dumbier: buscar su cepillo de dientes que se le había extraviado. Y cuando al fin lo halló, no le pareció suficientemente buena la pasta de dientes para ese cepillo.

EVA. ¡Dios mío! ¿Y qué tiene que ver? Un hombre limpio, médico al fin.

*Suena el teléfono. Tomás lo quiere coger, pero Eva se le adelanta.*

EVA. ¡Diga! ¿Quién? ¿Del comité de vecinos?

TOMÁS. (*Le coge el teléfono de la mano.*) Sí, soy yo... (*Mira el reloj.*) Bien, ya voy. Comiencen sin mí.

EVA. (*Le arrebató el teléfono.*) ¡No irá a ninguna parte! ¡Está enfermo! ¡Una vez pueden reunirse también sin él! ¡Un viernes por la noche! ¡Qué momento para reunirse!

TOMÁS. ¿Y cuándo entonces? ¿Qué día es mejor según tu opinión?

EVA. ¿Conque no te dejas aconsejar?

TOMÁS. No es en el otro extremo de la ciudad. Es aquí mismo, en el sótano.

EVA. Eso de que la basura hay que sacarla  
veces a la semana en lugar de una, lo  
den decidir también sin ti.

TOMÁS. Si sólo se tratara de la basura...

EVA. ¿Y de qué más?

TOMÁS. *(La acaricia cariñosamente.)* Lo sa  
bien.

EVA. ¿Cuándo volverás?

TOMÁS. Dentro de una hora.

EVA. O sea, no antes de la medianoche.

TOMÁS. Oye, mamá, ¿qué pasa contigo?

EVA. ¿Conmigo? ¡Mírate en el espejo!

TOMÁS. *(Se mira en el espejo.)* No es na  
Lo que necesito es una buena cuchilla. Na  
ñana me pondré bien bonito para com  
certe.

EVA. Eso me lo estás prometiendo hace  
mucho tiempo.

#### ESCENA CUARTA

*Miki y los anteriores.*

MIKI. *(Bachiller recién graduado, la piel  
tada, de figura atlética. Lleva puesto un p*

*talón blanco de loneta, del hombro le cuelga  
un bolso. Se detiene en la puerta y, de buen  
humor después de pasarse la tarde en la pis-  
cina, silba una canción popular.)* Muy bue-  
nas noches, señores padres.

TOMÁS. *(Dirige una mirada cariñosa al pre-  
ferido de sus dos hijos.)* ¿Qué hay de nuevo?

MIKI. Todo bien.

EVA. Estás exagerando con esa piscina. Todos  
los días te pasas las tardes a ese sol tan  
fuerte.

MIKI. Pero, mamita...

EVA. Nada de mamita. Llevas tres semanas sin  
dormir como es debido. Trabajando toda la  
noche. ¡Y durmiendo la mañana! ¿Acaso  
a eso se le puede llamar descanso? Echas un  
pestañazo y ya te vas corriendo a la piscina.  
¿Quieres pescar una tuberculosis? ¡Lo único  
que te faltaría ahora, después de haberte  
graduado!

TOMÁS. *(Susurrando al oído de Miki.)* Hoy  
mamá está jugando a médico.

MIKI. ¿Por qué?

TOMÁS. La conoces. Ya se le pasará.

MIKI. A propósito, papá, sería bueno que pre-  
sionaras para que la unidad militar nos pro-  
porcione fuerza de trabajo.

TOMÁS. ¿Aún no la ha mandado?

MIKI. Ni un solo hombre. Por las noches estamos yendo unos cuantos. Demasiado cos para echar tanto hormigón.

TOMÁS. Llamaré al jefe de la estación.

MIKI. Ése no va a resolver nada. Hay que directamente a la unidad. O mejor... esperaré contigo.

EVA. ¿Y cuándo van a comer?

MIKI. Ya comí en casa de Magda.

EVA. ¿En casa de Magda? ¿Qué modales éstos?

MIKI. Nos invitó. A todo el grupo. Comimos salchichones.

EVA. Salchichones. Me lo imaginé. ¿Y tú pretendes empujar la carretilla toda la noche sólo con esos salchichones en el estómago?

MIKI. ¿Y cuál es el menú de la casa?

EVA. ¿El menú? ¡Qué pregunta! Hay de todo.

MIKI. Entonces, prepáramelo. Me lo comeré por la mañana. Tengo tremendo apetito por las mañanas.

EVA. (A Tomás.) ¿Lo oyes? Pero bueno, eres su padre igual que yo soy su madre. Pero no terminará bien, te lo digo.

MIKI. (Abraza a la madre, la levanta y da vueltas con ella como en un baile.) ¡Pero mamita!

EVA. ¡Déjate de tonterías, te vas a herniar!

MIKI. Mamá, ¿el cartero no trajo nada?

EVA. Nada.

MIKI. ¿Cómo se demoran!

EVA. (En voz baja, con misterio, al hijo.) No temas, dicen que tienes la carrera asegurada.

MIKI. ¿Cómo lo sabes?

EVA. He hablado con una persona.

MIKI. ¿Con quién?

TOMÁS. Con cierto compañero que tiene buenas relaciones con los de arriba.

EVA. No serías tú si no te burlaras de todo. ¿Y si no le dan la carrera? ¿Qué haremos entonces, eh? Ya lo oíste, ese hombre tiene amistades en todas partes, hasta en la misma capital.

TOMÁS. Si fuera sólo en la capital. Seguro que la tiene también en la ONU.

MIKI. (En un inglés escolar.) United Nations Organization.

Suena el teléfono.

TOMÁS. (Coge el auricular.) Oigo. Es el que habla. No. No puedo... No. Tengo una reu-

nión del comité de vecinos... ¿Mañana?  
qué hora? Únicamente temprano por la ma-  
ñana. Bien, iré.

EVA. Pero por la mañana íbamos a ver a I-  
TOMÁS. Tendrás que ir sola.

MIKI. ¿No puedes ir ahora a la unidad, papá?

TOMÁS. ¿Cómo fabricar más tiempo? ¿Cómo  
hacerlo todo a la vez?

MIKI. (Sale con el padre.) Conozco al nu-  
político de la unidad. Vive en el primer e-  
ficio. Podríamos ir a verlo primero... (Se  
voces se pierden en el ruido del ascenso)

EVA. (Cuando se queda sola.) Dios mío, ¿cu-  
provecho puedo esperar de ellos? Tres ho-  
bres en la casa, y es como si no hubiera ni-  
guno. Pertenecen a cualquier otro lugar  
nos a su casa. ¡Qué vida la mía! (Enciende  
el radio y en el éter se deja oír una agrada-  
voz femenina.) «... y en aquellos tiempos  
noche tras noche, las mujeres y madres ge-  
rrilleras despedían a sus maridos e hijos  
una hogaza de pan y con la esperanza de  
próximo encuentro. ¿Qué estaría sucedien-  
en esos corazones maternos a la llegada  
otoño tan inhóspito y del invierno cruel,  
yas nieves ocultaron los senderos en  
bosques que conducían a los hogares con  
hogazas de pan...?»

EVA. (Apaga el radio.) No saben hablar de  
otra cosa. Dios mío, en todo el año no ponen  
una música que valga la pena. (Recoge el  
saco tirado en el piso y saca de él una trusa  
mojada, una toalla y un libro viejo.) Biolo-  
gía. (Lo hojea. Después quiere guardarlo en  
su lugar, pero del libro se sale una fotogra-  
fía. La coge y la contempla con interés.)  
¿Jarmilka? ¡Vaya! No la conozco. No está  
mal. Es mucho más bonita que esa Magda  
de la cafetería. (Al escuchar el golpe de la  
puerta del ascensor coloca rápidamente la  
fotografía dentro del libro. Suena el timbre  
de la puerta. Va a abrir.)

#### ESCENA QUINTA

Ilia y Eva.

EVA. (Con alegría, en la puerta, antes de que  
se vea Ilia.) ¡Ilia! ¡Ilia! ¡Hijito mío!

ILIA. (También de figura atlética, seis años  
mayor que su hermano Miki, estudiante uni-  
versitario. Con una sonrisa casi irónica apar-  
ta a la madre del pecho.) ¡Hola, mami!

EVA. (Contempla con alegría al hijo, y en ese  
momento no da importancia al hecho de que  
él lleva los cabellos más largos que de cos-

tumbre, ni le llama la atención el extravagante pantalón de rayas de varios colores. Observa el rostro un poco demacrado del hijo y no puede reprimir el deseo de tocar los dedos la cicatriz en la mejilla de Ilia que le había causado tantas angustias el año anterior.) ¿No te encontraste con papá? Acaba de bajar con Miki.

ILIA. Tal vez nos cruzamos.

EVA. Dios mío, Ilia, ¡qué feliz me siento tenerte aquí! Justamente queríamos irte mañana.

ILIA. (Asombrado.) ¿A verme? ¿Y para qué?

EVA. En las últimas noches me asaltaba un mal presentimiento.

ILIA. ¿De veras?

EVA. Dios mío, qué bien te cicatrizó la herida. Ya casi no se nota.

ILIA. Ya ves. A lo mejor, cuando sane todo, le voy a echar de menos. (Se mira en el espejo.) La cicatriz me hace más interesante... Lo dice todo el mundo.

EVA. Las noches pasadas me asaltaba el mismo presentimiento que hace un año, antes del accidente. Ayer, antes de ayer... Dios mío, Ilia, no puedes imaginarte cuánto alivio sentí cuando te vi en la puerta.

ILIA. ¿Dices que los mismos presentimientos que el año pasado?

EVA. Exactamente los mismos.

ILIA. Es interesante.

EVA. Dios mío, pero siéntate. Siéntate y dime qué hay de nuevo. ¿Cómo saliste en el último examen? ¿Cuándo será la graduación?

ILIA. Te lo contaré todo. Pero antes quiero lavarme las manos. Las traigo sucias del tren.

EVA. Ven. Rápido. Deberías darte una ducha. Oye, ¿no quieres que vaya a buscar a papá? Fue a la reunión del comité de vecinos. Al menos tendrá un pretexto para retirarse.

ILIA. ¿Papá? ¿Nuestro padre? ¿Retirarse de una reunión con un pretexto?

EVA. Dios mío, él no cambia. No te imaginas lo demacrado que está. Hoy estuvo a punto de desmayarse, aquí, en la casa...

ILIA. Exagera con el trabajo. No debiera...

EVA. Pero tú le hablarás.

ILIA. A mí no me hace caso. ¿Y qué tal está Miki?

EVA. Está trabajando en esa obra noches enteras, hace tres semanas ya, desde que comenzaron las vacaciones.

ILIA. Leí en un periódico que están a punto de ganarse el título «Depósito de Locomotoras Levantamiento Nacional Eslovaco.»

EVA. ¡Qué más quisiera yo! Temo que si no terminan, todo explotará como una poma de jabón. *(Tiende a Ilia una toalla.)*

ILIA. *(La sostiene en la mano, pero no se vanta de la silla.)*

EVA. ¿Te lleno la bañadera?

ILIA. No, no hace falta.

EVA. ¿Cómo que no? Estás todo sudado.

ILIA. *(Observa a la madre y no contesta.)*

EVA. ¿En Bratislava también hace tanto calor?

ILIA. Mamá... *(Después de una pausa.)* Me jiste que habías tenido los mismos presimientos que el año pasado antes de mi accidente...

EVA. *(Estupefacta.)* ¡Dios mío!

ILIA. No sé cómo decírtelo...

EVA. ¿No hiciste el último examen? ¿No habrá graduación?

ILIA. Lo haré... Habrá.

EVA. ¿Cuándo? ¿Qué sucedió?

ILIA. Me pasé todo el viaje pensando cómo a decírtelo. Pero tú misma me ayudaste

tus sueños... Escucha, mamá... Siéntate, por favor.

*Eva, enmudecida, se sienta al lado del hijo.*

ILIA. De este accidente, por suerte, salí ileso: sin cicatrices.

EVA. ¡Dios mío!

ILIA. Al menos, sin cicatrices visibles.

EVA. Pero tú me prometiste que no ibas a manejar más...

ILIA. Es cierto, y tampoco lo he hecho. No se trata de un accidente de tránsito.

EVA. ¿No? ¿Y entonces qué ocurre?

ILIA. Mamá...

EVA. Acaba de una vez...

ILIA. Tengo que casarme.

EVA. ¿En lugar de graduarte?

ILIA. Me graduaré después.

EVA. ¿Cuándo?

ILIA. En la próxima convocatoria, en el otoño.

EVA. Dios mío, casarte... ¿Con quién, Ilia?

ILIA. Con una...

EVA. Ya sé que no va a ser con dos.

ILIA. *(Alegre, abraza a la madre.)* Mamá, ¿sabes que eres una mujer genial?

EVA. ¿Qué dices?

ILIA. Tienes instinto... Pero qué digo, instinto no, tienes una vista radiográfica a larga distancia. Porque figúrate que ellas de verdad ya son dos.

EVA. *(Después de una larga pausa.)* ¿Cómo?

ILIA. Lo que estás oyendo, mamá. Son dos.

EVA. No es posible.

ILIA. Cómo no, es más, es lógico, aunque la primera vista parezca imposible. Sucede con la muchacha, con la que me voy a casar ya tengo una hija. Y es principalmente por ella por lo que me tengo que casar.

EVA. ¡Dios mío!

ILIA. Mamá... ¿Te lo habré dicho todo?

EVA. Eso espero, ¿o hay algo más?

ILIA. Espera... creo que se me ha quedado algo por decirte.

EVA. Iliá, hijito, ¿qué más, por Dios?

ILIA. Te lo voy a explicar todo, con lujo de detalles. Sólo tenía miedo de no ser capaz de decírtelo rápida y claramente.

EVA. ¡No, eso no puede ser verdad! ¿Estás jugando o me quieres hacer una broma de mal gusto?

ILIA. Mamá, en estos asuntos no se puede bromear.

EVA. Ya sé, lo dije para consolarme yo misma. Dios mío, ¿sabes lo que significa todo esto?

ILIA. Lo sé. Es mi responsabilidad. Y cargaré con ella.

EVA. ¿Cuándo ocurrió?

ILIA. ¿A qué te refieres?

EVA. Dios mío, a nada... No me refiero a nada.

ILIA. Ah, conque eso. Pues bien, lo primero, como es lógico, ocurrió hace ya algún tiempo. Y la niña nació hace exactamente un mes.

EVA. ¿Quién es esa mujer?

ILIA. Una muchacha maravillosa. Se llama Katka. Verás que le vas a coger cariño.

EVA. ¿Tú crees?

ILIA. Estoy seguro.

EVA. ¿Dices que Katka? Pero tú nunca habías mencionado a ninguna Katka en la casa, al menos que yo recuerde.

ILIA. Ella estudia en nuestra facultad, en el segundo año.

EVA. ¿En el segundo año? Dios mío...

ILIA. Pero es una muchacha divina.

EVA. Ya me la imagino. Con una aureola sobre la cabeza. Una mujer capaz de arruinar el futuro de un muchacho joven a punto de graduarse.

ILIA. Mamá, habrá graduación también. Te aseguro.

EVA. ¿Con Katka de mano y con la niña en brazos?

ILIA. No hables así. La niña se parece a ti. Pusimos tu nombre: Evita.

EVA. Evita...

ILIA. Y si la vieras: esos ojazos, esas manitas...

EVA. Dios mío, no, eso no puede ser verdad. ¿Por qué no lo dijiste antes?

ILIA. Hasta el último momento pensé que las cosas cogerían otro rumbo.

EVA. ¡Qué manera de pensar a tu edad! ¿Otro rumbo podían haber tomado?

ILIA. Y además, conoces a papá...

EVA. ¡Dios mío, tu padre! ¡Él no debe enterarse de nada de esto!

ILIA. ¿Por qué?

EVA. ¿En este momento?

ILIA. ¿Y cuándo entonces?

EVA. No... Eso lo acabará de matar. Estoy segura... No debes, no debes decírselo, ¿me oyes?

ILIA. Pero mamá...

EVA. Yo te ayudaré con todo lo que pueda y sepa, yo sí. Pero tu padre... A tu padre hay que ahorrarle ese disgusto.

ILIA. Algún día tendrá que enterarse.

EVA. ¿Cuándo será la boda?

ILIA. Eso depende de cómo nos ponemos de acuerdo aquí.

EVA. Dios mío, y ustedes ni siquiera se han puesto de acuerdo y la criatura ya está en el mundo. No, no entiendo nada.

ILIA. No he venido para hablar de la boda.

EVA. ¿Y para qué, entonces?

ILIA. La boda, en el peor de los casos, puede esperar.

EVA. ¿Esperar?

ILIA. Tengo que empezar a trabajar.

EVA. ¿Antes de graduarte? ¿Sin haber terminado los estudios? ¿Quién te va a dar trabajo en esas condiciones?

ILIA. Tengo en perspectiva un buen empleo. Pero qué digo, bueno no, ¡maravilloso!

EVA. ¿Maravilloso? ¿Qué significa maravilloso en esta situación?

ILIA. Que puedo terminar tranquilamente los estudios. Trabajaré en mi especialidad. Y lo



más importante: es una empresa priorizada donde las viviendas de una habitación están al alcance de la mano.

EVA. ¿Y tú quieres vivir con tu mujer y con criatura en un cuarto?

ILIA. ¿Y dónde quieres que viva? ¿Acasas crees que están esperando por mí con residencia?

EVA. ¿Y por un miserable techo sobre la cabeza quieres estropear tu vida?

ILIA. Mamá, comprende, no puedo hacer otra cosa. Es una posibilidad única, cualquier día la aprovecharía sin pensarlo dos veces. ¿Sabes tú cuántos candidatos hay para ocupar esa plaza? No sé si lo entiendes. Es una empresa priorizada.

EVA. ¿Y tú estás seguro que te aceptarán automáticamente a ti?

ILIA. Seguro que me aceptarán. Sólo papá...

EVA. ¿Qué tiene que ver con esto tu papá?

ILIA. Papá tendrá que ayudarme. Hasta ahora nunca le he pedido nada semejante, dada la situación...

EVA. ¿Ayudarte? ¿Cómo?

ILIA. Tendrá que hablar.

EVA. ¿Dónde?

ILIA. Tendrá que intervenir en esa empresa. A través del distrito. Eso lo hace mucha gente.

EVA. ¿Será posible que no conoces a tu padre?

ILIA. Lo conozco. Pero en una situación como la mía... Una llamada telefónica no afectará su moral.

EVA. Tu padre no debe enterarse de nada. Te ayudaré, yo sí, pero tu padre...

ILIA. ¡Mamá, compréndelo! ¿En qué puedes ayudarme tú? ¿Acaso papá no tiene un sinnúmero de cargos y otro tanto de contactos? Eso es como una cadena: yo te resuelvo a ti, tú a otro, el otro a uno tercero, y así consecutivamente.

*En el corredor resuena el golpe de la puerta del ascensor. Alguien introduce la llave en la cerradura.*

#### ESCENA SEXTA

*Tomás y los anteriores.*

TOMÁS. *(Desde la antesala. Sin ver a Iliá.)*

¿Qué sorpresa, eh? Pocas veces tengo la suerte de salir tan hábilmente de una reunión.

EVA. ¿Te fuiste?

TOMÁS. No. La terminamos. La gente empieza a creer en mi teoría de que las reuniones que se prolongan por más de una hora no sirven. Y palabra que no es un invento mío. (*Se pececata de la presencia de Ilia.*) Vaya, ¿tenemos visita?

*Ilia le tiende la mano al padre*

TOMÁS. Escucha, mamá, tus palabras tienen la fuerza de un imán. Has traído a tu hijo a la casa para no tener que ir a verlo. Pecas veces se da semejante fenómeno. (*Mira al hijo de hito en hito.*)

*Ilia se remueve nerviosamente en el lugar, quiere decir algo, pero la madre, tras la espalda de Tomás, le hace señas de que calle.*

TOMÁS. Escucha, arquitecto, ¿qué facha ésta?

ILIA. ¿La mía?

TOMÁS. ¡Esa melena!

EVA. Es la moda, papá.

ILIA. Pero si te molesta, me pelaré.

TOMÁS. ¿Serías capaz de darme esa alegría?

ILIA. Eso es formalismo, papá.

MÁS. ¿Cuánto tiempo inviertes en arreglarte la cabeza todos los días? Porque lo tuyo es un verdadero peinado. ¿O estás yendo a la peluquería?

ILIA. Pero, papá... hablas como si aquí todo el mundo no tuviera bastantes problemas y preocupaciones.

MÁS. ¿Tú tienes preocupaciones? No me digas. ¿De nuevo suspendiste un examen?

ILIA. Tomás, por favor...

MÁS. ¿Qué sucede?

ILIA. No tortures al muchacho.

MÁS. ¿Vienes a invitarnos a la graduación?

ILIA. Ya nos invitará.

MÁS. ¿Cuándo?

ILIA. Después de la convocatoria de otoño.

MÁS. ¿Otra vez un accidente?

ILIA. Pero, Tomás, por favor...

MÁS. ¿Y ese pantalón?

ILIA. (*Después de una pausa.*) ¡Vaya! Por suerte, ése me lo puedo quitar ahora mismo, si así lo deseas. (*Se quita el pantalón y se queda solamente en short.*)

MÁS. ¡Déjate de comedias!

EVA. *(Quita el pantalón de las manos de Ilia.)*  
Dame, te lo lavaré. Por la mañana está  
seco.

ILIA. *(Al padre.)* Pero esto ya es un forma-  
mo elevado a la quinta potencia. Espero  
lo reconozcas.

TOMÁS. ¿En Bratislava también andas así?

EVA. Por supuesto. Lo que pasa es que tú  
sieras que todo el mundo anduviera con  
forme de ferroviario.

TOMÁS. *(Después de una pausa.)* Y  
¿dónde chocaste esta vez?

EVA. Dios mío, no lo interrogues así. Déjalo  
menos que se vista, pobrecito.

ILIA. Padre, tengo que hablar contigo muy  
riamente. De veras, muy seriamente.

TOMÁS. ¿Cuándo nosotros dos no hemos ha-  
do seriamente?

EVA. Pero primero vamos a comer.

ILIA. No podré tragarme ni un bocado  
tanto papá no me lo prometa.

EVA. Ilia, ¿qué te dije?

TOMÁS. *(A Eva.)* ¿Otra vez está sin din-

ILIA. No. No es eso justamente. Espero que  
no voy a necesitar más dinero de usted.  
Papá, por favor, comprende. Al fin que  
independizarme.

TOMÁS. Me alegra oír esas palabras.

ILIA. Pero vas a tener que ir al comité del Par-  
tido.

TOMÁS. ¿Para buscar tu independencia?

ILIA. Quiero empezar a trabajar.

TOMÁS. No me digas. ¿Tan pronto?

ILIA. Es una empresa priorizada.

TOMÁS. ¿Las hay también priorizadas?

ILIA. Me dan la plaza sin el título, pero no hay  
tiempo que perder. Después de la graduación  
ya será tarde.

TOMÁS. ¿Qué estás tramando?

ILIA. Papá, es un puesto magnífico. Para con-  
seguirlo basta con una llamada telefónica,  
por la vía del Partido.

TOMÁS. ¡No me digas!

ILIA. ¡Papá, te lo suplico!

EVA. Tomás, yo también.

TOMÁS. Pero ustedes dos saben muy bien que  
nunca en la vida he servido ni serviré de pa-  
drino a nadie. Es absurdo querer entrar a tra-  
bajar en una empresa así, sin título. ¿Qué  
quieres hacer allí? ¿Ser un simple dibujante  
después de cinco años de estudios en la uni-  
versidad? Si necesitas dinero, está bien... To-

davía podemos aguantar algún tiempo.  
Pero primero terminarás la carrera y, después de la graduación...

ILIA. ...me puedo comer las uñas. ¿Crees que van a estar esperando por mí?

TOMÁS. Si no te esperan allí, aquí sí te esperamos.

ILIA. Tengo que quedarme en la capital.

TOMÁS. ¡Claro! ¡Todos tienen que quedarse en la capital! ¡Todos! En ningún otro sitio vivimos seres humanos.

ILIA. ¿Y tú quieres ofrecerme esta asquerosa ciudad provinciana? ¿Qué voy a hacer aquí? ¿Reconstruir durante años enteros tu querido depósito de locomotoras?

TOMÁS. Eres un canalla.

EVA. ¡Basta ya! Siempre tienen que terminarse ofendiéndose.

ILIA. Está bien. Si no quieres ver el problema desde el punto de vista político, existe también otra posibilidad.

TOMÁS. Ahora ya no me sorprende que no tengas tiempo para hacer los exámenes si tienes que dedicarte a la invención de posibilidades.

EVA. ¿Qué otra posibilidad, Ilia?

ILIA. No tiene que enterarse nadie. Basta con hablar con una persona.

EVA. ¿Con quién?

ILIA. Con el director de esa empresa, de él depende todo. Y su hermano vive en este edificio.

EVA. ¿Su hermano?

ILIA. Se trata del doctor Hajnos. Nuestro vecino. Él puede resolverme y seguramente lo hará. No se negará a llamar a su hermano si se lo pide, como un favor puramente personal, el presidente del núcleo del Partido del depósito de locomotoras, donde él no es más que un simple médico.

TOMÁS. *(Se acerca al hijo. Éste, semidesnudo, permanece frente a él inmóvil, pero después retrocede.)* No me faltan deseos de darte una buena bofetada para que recuerdes el día en que se te ocurrió darle consejos a tu padre. Pero no voy a hacerlo porque el doctor Hajnos me recomienda no alterarme.

*Se escucha el ruido de un tren que pasa. Tomás saca el reloj y confronta la hora. El escenario se va sumiendo en la oscuridad. Oscuridad y ruido de los trenes.*

## ACTO SEGUNDO

Sábado por la mañana.

*El escenario permanece sin cambios, sólo la ventana, a través de las persianas corridas, netran los rayos del sol. En el sofá duerme la puerta del dormitorio está abierta, y las mohadas y colchas que se están aireando indican que los padres ya se han marchado. De algún piso de arriba se oye el prolongado aullido de un perro que al parecer espera impacientemente un paseo matutino. De cuando en cuando se escucha el ruido del ascensor. Después de un portazo alguien introduce la llave en la cerradura. En el recibidor aparece Miki, quien trae un mono azul lleno de polvo.*

### ESCENA PRIMERA

Ilia y Miki.

*Ilia se está despertando, pero quiere seguir disfrutando el placer del sueño. Dice algo incomprensible y se vuelve hacia la pared.*

MIKI. ¡Hola, hermanito! No te me vires de espaldas y trata de desocupar rápidamente el sofá. Ahora me toca dormir a mí.

ILIA. *(Se sienta y mira con cara de sueño al hermano.)* ¿De veras?

MIKI. Vengo del turno de la noche. Hemos trabajado como unos mulos.

ILIA. ¿De veras?

MIKI. *(Se quita el mono.)* De veras, de veras. Y si quieres seguir durmiendo, trasládete al dormitorio.

ILIA. ¡Muchacho, estás lleno de cemento, no me lo eches encima!

MIKI. ¿Eres alérgico al polvo?

ILIA. ¡Bah! ¡Futuro médico! ¿Estás trabajando en serio? Pensé que sólo ibas a buscar plata.

MIKI. ¿Y puedes decirme para qué necesito yo dinero?

ILIA. ¿Para qué? ¿Y crees que a partir de septiembre te va a alcanzar el estipendio y la plata que logres tumbar a los viejos?

MIKI. No sé si me alcanzará. Por ahora no me rompo la cabeza con eso.

ILIA. Por supuesto. Te falta experiencia.

MIKI. En el peor de los casos le pediré una da a mi hermano rico. Que trabajará en empresa priorizada.

ILIA. (Se levanta.) ¿De dónde lo sabes?

MIKI. Aquí se sabe todo.

ILIA. ¿De veras? No fastidies.

MIKI. ¿Qué te sucede? ¿Por qué tiemblas ya desde temprano?

ILIA. ¿Quién te lo dijo?

MIKI. Pasé por el supermercado de mamá de que abrieran.

ILIA. Ah, bueno. Y mamá se apuró en darte las noticias.

MIKI. No sé qué quieres decir con «todas», juzgando por lo que me dijo, hermanito tás metido en un buen lío.

ILIA. Un lío como cualquiera otro, no te burda ya te tocará a ti también. Además, no soy el primero ni el último que se ve en una situación así.

MIKI. Hermosa palabra: ¡situación!

ILIA. Con un poco de comprensión podré glármelas muy bien.

MIKI. Sólo que papá no va a mostrar la comprensión que tú deseas.

ILIA. Y eso que sólo le he contado, mejor dicho, confesado la mitad más pequeña, la menos grave de la situación.

MIKI. ¿De la situación?

ILIA. Mamá me pidió que lo hiciera así.

MIKI. A mí también me lo ordenó.

ILIA. Pero no sé hasta cuándo quiere ocultarlo.

MIKI. Papá no se siente bien últimamente.

ILIA. A mí no me sorprende. Siete cargos sería demasiado hasta para Sansón Melena. Y ahora, para colmo, el dichoso depósito.

MIKI. Si logramos doblar la cantidad de obreros, te juro que terminaremos el depósito antes de los festejos.

ILIA. ¿Terminarán? ¿Quiénes?

MIKI. ¿Cómo que quiénes? Todos nosotros. Sería un gran papelazo y una vergüenza para la ciudad si el depósito no se terminara.

ILIA. Lo único que falta es que me digas que ya tú también ocupas algún cargo.

MIKI. ¿Por qué?

ILIA. Empleas un vocabulario muy extraño.

MIKI. ¿Extraño?

ILIA. Y ahora dime que estás matándote allí para ganarte la bandera del trabajo socialista, y me quedaré mudo al instante.

MIKI. Te has vuelto un canalla, Ilia.

ILIA. ¿También eres miembro de la juventud socialista?

MIKI. ¿Y tú no?

ILIA. ¡Bah!

MIKI. No eres miembro de la Juventud, no haces nada, y a pesar de eso te cuesta trabajo avanzar en la carrera.

ILIA. Te repito que pienses bien lo que dices. Tú no tienes experiencia. La capital no es un preuniversitario de aquí. A propósito, mamá me pidió ayer que te recordara que debes comer antes de acostarte. Tiene miedo de que enfermes de tuberculosis... de tanto trabajar bajar. ¿Cuánto te pagan por cada jornada?

MIKI. Tú eres especialista, ¡calcula!

ILIA. ¿Tienes miedo de que te voy a pedir un préstamo?

MIKI. ¿Y puedes creer que si me lo pides te lo doy? Te lo juro. Si me lo pides, papá pero el Estado te dará un subsidio para comprar el cochecito del bebé.

ILIA. ¡Mocosos!

MIKI. (Amistosamente, pone el brazo en el hombro de Ilia.) Dime, ¿al menos es bonito?

ILIA. ¿Qué? ¿Quién?

MIKI. La bebita. ¿A quién se parece?

ILIA. ¿Puedes creer que no sé?

MIKI. Voy a ser un padrino ejemplar.

ILIA. Escucha, Miki, tienes que ayudarme.

MIKI. ¿Cómo?

ILIA. Eres el hijo preferido de papá.

MIKI. ¿Yo?

ILIA. Dice mamá que ustedes dos tienen el mismo carácter. Sólo que tú...

MIKI. ¿Qué...?

ILIA. Eres un hermano correcto.

MIKI. ¿Qué quieres decir?

ILIA. Que tienes que ayudarme a convencerlo que por lo menos hable con ese Hajnos.

MIKI. ¿Con ese doctor del sexto piso? ¿Qué tiene que ver él contigo?

ILIA. ¿Mamá no te lo dijo?

MIKI. No.

ILIA. Su hermano es director de la empresa en la que quiero trabajar.

MIKI. ¿Sabes que él estuvo ayer aquí?

ILIA. ¿Dónde?

MIKI. Aquí, en la casa. Mamá lo fue a buscar para que viera a nuestro padre. Y luego él le pidió un favor a papá.

ILIA. ¿Qué favor?

MIKI. Que papá le firmara ese papel de guerrillero. El aval para la ley doscientos cuenta.

ILIA. ¿Y se lo firmó?

MIKI. Ya sabes que no.

ILIA. ¿Será posible? ¿Es que papá teme que el país sufrirá una bancarrota si un médico recibe un poco de dinero de más durante tantos años?

MIKI. No pienso que es por eso.

ILIA. ¿Por qué entonces?

MIKI. Es una cuestión de principios.

ILIA. ¡Bah! Por favor, Miki, dime, ¿en el mundo están viviendo ustedes?

*Suena el timbre de la puerta.*

## ESCENA SEGUNDA

*Magda y los anteriores.*

ILIA. *(Abre, y cuando ve a Magda en la puerta a pesar de que está todavía en pijama su anima visiblemente. Magda es compañera)*

*estudios de Miki y algo como su amor estudiantil. Magda trae en la mano una jaba repleta de botellas de refresco.) ¡Magda! ¡Bienvenida, hermosura!*

MAGDA. ¡Hola!

MIKI. *(No muy entusiasmado con la visita temprana.)* Hola. *(Con ese saludo frío como si quisiera darle a entender que nada tiene que buscar allí a esa hora.)*

ILIA. ¡Magda, muchacha! Desde que te vi la última vez, no sólo te has graduado de bachiller, sino también te has vuelto fantásticamente hermosa.

MAGDA. *(Con desconcierto simulado observa a Miki.)* Yo no diría tanto.

ILIA. Pero si lo digo yo, puedes estar convencida de que es así.

MIKI. Le puedes creer, es un especialista en la materia.

ILIA. *(Mirando las jabas llenas.)* ¡Magda, hermosura! ¿Adónde te diriges con tanta bebida?

MAGDA. En esta ciudad si no compras temprano, luego te puedes morir de sed.

ILIA. Conque no sólo bachiller, sino también buena ama de casa. Miki, hermano, consérvarla, con ella seguro que llegarás bien lejos. Con una hermosura así, te lo garantizo.



MAGDA. Me manda mamá.

MIKI. ¿La mamá de quién?

MAGDA. La tuya, de quién va a ser.

ILIA. ¿Nuestra madre?

MAGDA. (A Miki.) Me pidió que te dijera que no fueras a trabajar esta noche.

MIKI. ¿Por qué?

MAGDA. Porque hoy es sábado y seguro que los demás tampoco irán.

ILIA. Qué mamá tan buena, ¿no es verdad?

MAGDA. Y me dijo, además, que podía invitarte.

MIKI. ¿Adónde?

MAGDA. Pensé que tú mismo te acordarías. Es que hoy es mi... (Después de una pausa) Hoy es el día de mi santo.

ILIA. ¡Magda! ¡No digas eso! ¿De veras? ¡Qué sensación! ¡Eso hay que celebrarlo! ¡Miki, flores, copas!

MIKI. Déjate de tonterías...

ILIA. Hoy es el santo de Magda, antes de ayer fue el mío.

MIKI. No dudo que tú lo hayas celebrado.

ILIA. Por suerte, Ilia es un nombre que abunda.

MAGDA. A mí me gusta.

ILIA. Pero no hay un nombre más hermoso que Magdalena. ¡Miki, te digo que traigas flores!

MIKI. ¿De dónde? ¿Quieres que corte los geranios de la maceta?

ILIA. Entonces, trae al menos las copas. No vamos a celebrar un nombre tan distinguido con refresco, ¿verdad?

*Miki desaparece en la cocina.*

MAGDA. Yo no lo diría...

ILIA. ¿Qué? ¿Que Magdalena es un nombre precioso?

MAGDA. ¡Miki!

MIKI. (Desde la cocina.) Te escucho.

MAGDA. Anoche los muchachos de la escuela fueron a casa. Dicen que debíamos gestionar que el trabajo voluntario en las vacaciones se hiciera en la ciudad. Por ejemplo, en el depósito de locomotoras.

ILIA. Ya quisiera tener las preocupaciones de ustedes. (Abre la botella de coñac y lo echa en las copas.) ¡Querida Magda! ¡Por tu salud, por tu figura fabulosa, porque se te cumplan todos los sueños!

MAGDA. ¡Salud!

*Miki bebe de la copa y se estremece.*

MAGDA. (Abre rápidamente una botella de fresco y se la tiende.) ¡Agarra! ¡Los primeros auxilios después del accidente!

ILIA. ¿Y éste quiere estudiar en la universidad?

MAGDA. Todavía tiene tiempo para entrenarse. Hasta octubre.

ILIA. (Vuelve a llenar las copas.) Ojalá sea así. La bebida es algo que exige un buen entrenamiento.

MIKI. Espero que al lado tuyo...

ILIA. Voy a hacer todo lo posible. A propósito voy a decirles, muchachitos, que si creen que en la ciudad pueden sobrevivir como abuelos, están muy equivocados, y cogerán mala fama ya desde el primer semestre.

MAGDA. ¿De veras? ¿No estarás exagerando un poco?

ILIA. ¿No me crees? Ya verás.

MAGDA. En definitiva, una copita de coñac malica viene mal.

ILIA. Y si son dos, aún mejor. Magda, no dejes para mañana lo que puedes aprender hoy.

MIKI. ¿No te parece que vas muy de prisa con la bebedera?

MAGDA. (También vacía su copa.) ¿Sabes que el refresco mezclado con el coñac sabe riquísimo?

ILIA. ¡Qué buena observadora eres, Magda! ¡Eres maravillosa! (Vuelve a llenar las copas.)

MIKI. ¿Te gusta beber tan temprano?

ILIA. Perdón, pero con una visita así, ¿quién se va a fijar en la hora? ¿Acaso quieres brindar con leche?

MIKI. (Se bebe el contenido de la copa con desgano.) ¿Complacido?

ILIA. ¿Ves? El segundo intento resultó exitoso: ya no toses. (Quiere llenarle la copa, pero Miki la aparta.)

MAGDA. ¡Madre mía, qué calor tan agradable se le esparce a uno por todo el cuerpo!

MIKI. ¿Quieres decir que ya te estás mareando?

MAGDA. No, más bien siento las piernas pesadas. Tengo que sentarme.

ILIA. Eso es, toma asiento, por favor. (Recoge la frazada del sofá.) Perdona este desorden.

MAGDA. No tiene importancia.

MIKI. (A Magda.) Tienes un brillo peligroso en los ojos.

MAGDA. (A Miki.) ¡Alto, tú no te metas! (Tiende la copa a Magda.) ¡A tu salud, preciosa!

MIKI. ¡Magda, no bebas más!

MAGDA. ¿Quieres decir que a ti no te gusta?

MIKI. ¡Te digo que no bebas más!

ILIA. ¡Bravo, Magda! ¡Bravísimo! ¡Éstas son las cualidades que más se aprecian en la universidad.

MAGDA. No sabía que eras tan divertido.

MIKI. Estás borracha, ya se te subió a la cabeza...

ILIA. Déjate de tonterías, hermano.

MAGDA. (A Miki.) ¿Quieres que me parezca cabeza?

MIKI. ¡Dios te libre!

MAGDA. ¿Te da miedo?

ILIA. Anda, preciosa, vamos a hacerle una demostración de gimnasia.

MAGDA. (Pasa la botella a Iliá.) ¿Juntos?

ILIA. En la unión está la fuerza. (A Miki.) ¿Sea usted una voltereta o un salto mortal?

MIKI. Se les han aflojado los tornillos.

MAGDA. Miki, ¿será posible que no tenga una gota de sentido de humor?

MIKI. Eso depende de la ocasión. Es posible después de haber trabajado toda la noche lo tenga.

MAGDA. ¡Madre mía! Él quiere dormir y yo lo estoy entreteniendo...

ILIA. Estás equivocada. Nadie lo está entreteniéndolo. Al lado hay dos camas libres. Que se sirva de una de ellas. Mientras, Magda y yo vamos a organizar esto aquí para estar lo más cómodos posible.

MIKI. Hagan lo que quieran.

ILIA. (A Magda.) ¿Te ofendiste?

MAGDA. No, pero me retiro.

ILIA. Pero Magda, ¿te quieres ir después que comenzamos tan exitosamente la celebración de nuestros santos?

MAGDA. Miki, ¿de veras que tienes sueño?

ILIA. Yo lo despabilo, verás. Tomaremos otra ronda y después les enseñaré un juego colectivo, muy de moda actualmente en la alta sociedad.

MAGDA. ¿De veras? Miki, tómate otra copa.

MIKI. Prefiero no hacerlo. Y si me entran dolores de barriga durante ese juego, ¿y que me haré entonces?

ILIA. Las reglas del juego son las siguientes: como no tenemos a mano una batería de botellas, nos conformaremos con ésta. El contenido de la botella se divide en tres partes iguales. En el borde de la mesa se coloca una cajita de cerillas. Podemos prescindir de las persianas cerradas. Todos los jugadores lle-

varán puesta la misma cantidad de prendas de vestir. Los hombres se guían por las damas. De este modo, Miki y yo tendremos que ponernos más cosas para tener puesta la misma cantidad de piezas que tú, preciosa.

MIKI. ¿Quieres asfixiarte? ¿Con el calor que hace?

ILIA. Espera. No hay mal que dure cien años. La gracia de este juego radica en que los jugadores se van quitando las prendas poco a poco.

MIKI. ¿Quitándose qué?

ILIA. La ropa, por supuesto.

MAGDA. ¡Dios mío!

ILIA. El juego comienza así: la cajita de cerillas, que está en el borde de la mesa, se levanta con fuerza con un dedo. Si cae sobre la mesa de fondo, es cero. Si cae de canto, vale una pieza, y si se queda parada, vale dos piezas. Dos piezas de ropa que tiene que quitarse el jugador. Después de cada jugada bebe una copa de un solo trago. La transición paulatina al estado de hombre primitivo se garantiza en un tiempo relativamente breve.

MAGDA. ¿Quién empieza?

MIKI. ¡Magda!

ILIA. Naturalmente, las damas tienen preferencia.

*Magda coge la cajita y la coloca en el borde de la mesa.*

MIKI. ¡Un momento! Iliá está en pijama. Eso significa que estará en el traje de Adán ya después de la segunda vuelta.

ILIA. No temas, enseguida me pondré la ropa correspondiente. Magda, ¿cuántas piezas llevas puestas?

*Suena el timbre de la puerta.*

ILIA. ¡A buena hora! Hay que desconectar el timbre.

*Miki va a abrir. Iliá tiende a Magda una copa.*

MAGDA. ¿Tan rápido? ¿Es parte del juego?

ILIA. Una pequeña introducción. Así nos irá mejor.

*Miki regresa con un sobre en la mano.*

MAGDA. ¿Qué es?

ILIA. Dame acá. Te tiemblan las manos.

MAGDA. ¡Madre mía, del decanato de la facultad!

ILIA. ¡Al fin! Al fin llegó la notificación largamente esperada. Espero que después de esto, juegues y bebas con más entusiasmo hermano.

*Miki aún no ha abierto el sobre.*

ILIA. ¿Qué haces parado como una estatua? ¡Abrelo. ¡Maldición, deja de temblar! Dadas las maneras tienes la carrera segura. ¡Arrebata el sobre y lo abre.)

*Miki lo vuelve a coger, saca la hoja de la carpeta, después lee el breve texto mudo, grafiado y se queda mudo. Magda le arrebata la hoja de la mano y lee. Magda tampoco cree la noticia lacónica y, con una exclamación, entrega la hoja a Iliá. Ésta recorre con la vista, emite un sonido de asombro y comienza a leer en voz alta.*

ILIA. «...que ha realizado los exámenes con éxito y con el suficiente mérito para ser aceptado por falta de plazas. Usted tiene el derecho de apelar contra esta decisión en el término de quince días a partir de la fecha en que haya recibido la presente notificación. Atentamente, firma ilegible, decano de la facultad.»

MAGDA. *(Se levanta y se lanza en dirección de la puerta.)* ¡No es posible!

MIKI. *(Después de una pausa.)* ¿Qué?

MAGDA. Si no te dieron la carrera a ti, ¿crees que en mi casa me espera otra respuesta?

ILIA. Dificilmente.

MAGDA. *(Desde la puerta.)* Que la pasen bien, muchachos. Chao.

MIKI. ¡Espera! ¡Voy contigo!

ILIA. *(Lo detiene.)* ¡No vayas a ningún lugar!

MIKI. ¿Por qué?

ILIA. No tiene sentido.

MIKI. *(A través de la puerta abierta, al pasillo.)* ¡Magda, llámame!

ILIA. *(Cuando se quedan solos.)* Es inútil. Si no te dieron la carrera a ti, los presentimientos de ella son correctos.

MIKI. Por falta de plazas...

ILIA. Buena porquería.

MIKI. ¿Será cierto que no hay suficientes plazas?

ILIA. No seas ingenuo.

MIKI. Y yo que estaba tan contento...

ILIA. ¿Ya ves? Y de buenas a primeras está en un lío. Sólo que ahora...

MIKI. ¿Qué?

ILIA. Espero que papá actúe.

MIKI. ¿Cómo?

ILIA. Como padre.

MIKI. Tú crees que...

ILIA. Si papá quiere que te hagas médico, te dará que actuar.

MIKI. ¡Qué asco!

ILIA. Es algo muy corriente.

MIKI. No le diré ni una palabra.

ILIA. Por ti lo hará aunque no le digas nada.

MIKI. ¿Nuestro padre?

ILIA. Y entonces... si interviene por ti, ya le costará ningún trabajo hacerlo también por mí.

MIKI. Iliá...

ILIA. Pues sí, es así. Es duro, pero es así. Hay mal que por bien no venga.

MIKI. ¿Y qué pasa si yo no quiero? ¿Si prohíbo que lo haga?

ILIA. ¿Crees que no estoy viendo cómo corren las lágrimas?

MIKI. Eso es asunto mío.

ILIA. Gestos como éste puedes guardarlos en lo más profundo de tu bagaje moral. Podrás arreglártelas muy bien en la vida sin ellos.

MIKI. No comprendo por qué.

ILIA. ¿Cómo que por qué?

MIKI. ¿Por qué no quedó una plaza para mí?

ILIA. Pobrecito. Los infelices como tú se cuentan por cientos. Y tal vez por miles a nivel nacional.

MIKI. ¿Pero por qué justamente yo?

ILIA. ¿Hijo de un padre como el nuestro, quieres decir eso?

MIKI. No mezcles en esto a papá.

*Suena el teléfono.*

MIKI. *(Corre hacia él.)* Sí. ¿Cómo? ¿A ti te la dieron? ¡Te felicito! *(En voz baja a Iliá.)* A Magda le dieron la carrera.

ILIA. Ya ves. Parece que el padre de Magda es más hábil. Sólo que él, a diferencia del nuestro, no está construyendo el depósito de locomotoras «Levantamiento Nacional Eslovaco» sino una casa particular con dos garajes. Y seguramente se interesa más por el futuro de su hija, aunque políticamente sólo se ma-

nifiesta como un corriente empleado de la cafetería ubicada en la calle más frecuentada de esta ciudad.

MIKI. Pero si le dieron la carrera a Magda.

ILIA. Te la darán también a ti, no te des por vencido.

MIKI. No me doy por vencido.

ILIA. Eso ya está mejor. No temas. Ahora incluso tenemos posibilidades de resolver nuestros problemas los dos a la vez.

*La escena se oscurece lentamente.*

### ACTO TERCERO

*Sábado por la noche.*

*El escenario permanece sin cambios. El sofá ya está recogido. En la mesa puesta quedan algunos platos de la cena. La familia acaba de comer, y en el momento en que el escenario se ilumina, ninguno de los presentes se decide a comenzar la conversación. La atmósfera es tensa. Miki extiende la mano y coge una cajetilla de cerillas. Todos lo siguen con la mirada. Coloca la cajetilla en el borde de la mesa y la vuelve a coger. Pero en el segundo intento la madre se la quita.*

*Desde lejos llega el ruido de un tren. Tomás se levanta de la mesa y se acerca a la ventana. El expreso pasa y su eco retumba en las paredes. Tomás consulta su reloj y dice con inquietud, como hablando consigo mismo:*

### ESCENA PRIMERA

*Tomás, Miki, Iliá y Eva.*

TOMÁS. Terrible. Tiene cien minutos de atraso. Es algo increíble. A esa gente ya no le importa nada.

*Entra en el dormitorio.*

ILIA. *(A la madre y al hermano, en la mesa.)*  
¡Qué barbaridad! ¿Lo oyeron?

EVA. Por favor, Iliá...

ILIA. El Meridiano tiene cien minutos de atraso. Para él eso es algo terrible. Es más, insufferible. Verán que ahora llamará a cada rato a la estación. Por culpa de un maldito expreso. Pero que aquí en la casa está a punto de ocurrir una catástrofe...

MIKI. Deja ya ese tema.

EVA. Miki presentará la apelación.

TOMÁS. *(Desde la puerta del dormitorio.)* Antes de que transcurran los quince días.

ILIA. ¿Y ustedes creen que esa apelación resolverá el problema? ¿Sin el respaldo de un padrino? ¿Están seguros que no volverán a mandarle un papelito igual al primero?

TOMÁS. ¿Por qué le iban a mandar uno igual?

ILIA. *(Después de una pausa.)* Ah, bueno, ahora ya entiendo.

TOMÁS. ¿Qué entiendes ahora?

ILIA. Que en su caso tú estarás dispuesto a ayudarte a ti mismo...

MIKI. No lo estará.

ILIA. ¿Cómo?

MIKI. Se lo prohíbo. Sencillamente, no deseo que lo haga.

EVA. ¡Tú te callas la boca!

MIKI. Si no aparece la plaza después de la apelación, iré a trabajar.

ILIA. Con el certificado de bachiller. Ya te están esperando con los brazos abiertos.

MIKI. Hasta octubre puedo hacer cualquier trabajo bajo.

EVA. ¿Y después?

MIKI. Al servicio militar.

ILIA. ¡Hermosa perspectiva! En el servicio aprenderás a manejar camiones, y después...

MIKI. Trabajaré como chofer de taxi.

ILIA. ¡Papá! ¿Y tú estás de acuerdo con eso?

MIKI. ¿Con qué?

ILIA. ¿Con que así termine un alumno que durante los últimos ocho años sólo sacaba notas sobresalientes?

TOMÁS. Estoy convencido de que la comisión de apelación considerará debidamente esta circunstancia.

ILIA. ¡Papá, por favor! No me hagas reír. Todo eso lo han considerado ya y llegaron a la conclusión de que no debían concederle la plaza. Si quiere conseguirla, tiene que buscarse un padrino.

TOMÁS. ¿Quieres convencerme a toda costa de que los miles de estudiantes que están hoy en las universidades han sido respaldados por miles de padrinos?

ILIA. Tal vez no tantos...

TOMÁS. Sé que también se dan casos...

ILIA. Y que no son pocos.

TOMÁS. Pero yo, hijo, no seré uno de ellos. Es algo realmente abominable.



ILIA. Y en eso abominable están implicados también otros camaradas, igualmente honrados, e incluso con cargos mucho más altos.

TOMÁS. Eso es una cuestión de su conciencia.

ILIA. ¿Y si defienden así los intereses de los justos? ¿Qué infamia o acto abominable cometería el que sencillamente hablara a favor y defendiera ante la comisión de apelación al bachiller Mikulás Benedik?

TOMÁS. No sabía que amabas tan fervorosamente a tu hermano menor.

ILIA. Es ingenuo y le falta experiencia. No conoce la vida ni sus garras.

TOMÁS. En cambio, tú ya dominas a la perfección las piruetas que hay que dar en ella. Pero a mí, hijo, no tienes que exhibírmelas. De mí no esperes nada.

ILIA. Yo no espero nada. Sólo quiero aconsejarte.

TOMÁS. Pues, te aconsejo que no lo hagas.

ILIA. Por supuesto. Tú sigues creyendo que somos aquellos mismos niñitos que hace muchos años llevabas al círculo infantil. Pero entérate que desde entonces han cambiado muchas cosas alrededor de nosotros y dentro de nosotros mismos, y que ahora, en su lugar, a ese círculo...

EVA. ¡Dios mío, Ilia! ¡Cállate! ¿Cómo puedes hablar así con tu padre?

TOMÁS. Déjalo que termine.

*Suena el teléfono.*

MIKI. *(Lo coge.)* Sí. ¿A quién? *(Se vuelve hacia el padre.)* Es para ti.

TOMÁS. Sí, al teléfono.

EVA. *(En voz muy baja.)* Ilia, hijito, te lo suplico...

ILIA. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo debo esperar?

TOMÁS. *(Al teléfono.)* ¿El lunes? Pero eso significa que... Entiendo. Sí, cuenten conmigo... Por supuesto. Voy ahora mismo. *(Cuelga.)*

EVA. ¿Adónde vas ahora?

TOMÁS. *(A Miki.)* El lunes vendrá al depósito una comisión del ministerio. Dicen que si el estado de la obra no les parece satisfactorio, retirarán la propuesta.

MIKI. ¿Eso significaría que hemos trabajado en vano?

ILIA. Son cosas que suceden. Y con bastante frecuencia.

*Tomás coge su gorra.*

EVA. ¿Adónde vas, Tomás?

TOMÁS. Me llamó el jefe de la estación. Tenemos que hacer algo.

MIKI. Los soldados. Sólo los soldados pueden ayudar. Unos doscientos hombres. Y las máquinas. Todo lo que esté disponible...

ILIA. Papá, por favor, ¿cuándo volverás?

TOMÁS. ¿Por qué?

ILIA. Tengo que hablar contigo sin demora.

TOMÁS. Creí que ya nos habíamos dicho todo.

ILIA. No, a mí me falta por decirte algo.

TOMÁS. (Guarda la gorra.) Te escucho.

EVA. Tomás... si te llamó el jefe de la estación no debes perder el tiempo con boberías.

ILIA. No se trata de ninguna bobería, mamá, tú lo sabes.

TOMÁS. Estoy esperando, Ilia.

*Suena el teléfono*

ILIA. (Irritado.) Cojan el teléfono, y si es para él, digan que ya se fue.

TOMÁS. ¿Por qué estás tan nervioso?

ILIA. ¿Yo?

TOMÁS. Estás gritando y te tiemblan las manos.

EVA. (Al teléfono.) Sí... Sí... (Cuelga.)

TOMÁS. ¿Quién era?

EVA. ¿Quién? Dios mío, ¿puedes creer que no sé?

TOMÁS. ¿De veras?

EVA. Vete ya. Si te llamaron con tanta urgencia, ha de ser algo importante.

ILIA. Mamá, por favor...

TOMÁS. ¿Por qué están todos tan alterados?

EVA. ¿Yo? Yo no. Si en esta casa alguien tiene los nervios de acero, soy yo. Únicamente yo.

MIKI. Una comisión del ministerio no es cualquier cosa. Después de recorrer la obra pueden decir tranquilamente: «No podemos dar el visto bueno.» Ellos no saben cuánto trabajo y cuánto sudor ha costado ese depósito de locomotoras.

ILIA. Y cuánto va a costar todavía. Les aseguro que actualmente ya nadie se deja engañar con una fachada bonita.

TOMÁS. ¿Por qué crees que sólo podemos mostrar una fachada bonita?

ILIA. He pasado por allí.

MIKI. Sí, en el expreso.

ILIA. Sencillamente, no podrán terminarlo antes de los festejos. Eso se da por descontado.

TOMÁS. ¿Estás hablando como futuro especialista o sólo juzgando por lo que viste del tren?

ILIA. Y, en definitiva, ¿qué pasa si el depósito no se inaugura solemnemente durante los festejos? En el curso de veinte años se las arreglaban bien sin él. ¿Qué puede pasar si la cinta se corta un poco más tarde? ¿De veras les importa tanto el nombre que lleve el depósito y las condecoraciones que les prometieron traer en el Meridiano adornado con banderitas?

TOMÁS. Sabes muy bien que el Meridiano no para en nuestra ciudad.

ILIA. En una ocasión tan memorable podría hacer la excepción.

TOMÁS. Tengo la impresión de que la idea de un fracaso te llena de satisfacción.

ILIA. Digo todo esto porque no soporto el formalismo.

EVA. ¡Ilia, por favor!

TOMÁS. Déjalo que consuele su joven alma atormentada y que nos diga quién de nosotros es formalista.

ILIA. ¿Me quieren convencer de que esa agitación en torno a una obra que durante largos años ha estado congelada y olvidada, que esta algarabía justamente en vísperas del aniversario no es el más trivial formalismo?

TOMÁS. Una opinión muy original, ciertamente, después de cinco años de estudios en la universidad.

MIKI. Lo que sucede es que aquí la gente al fin ha tomado la iniciativa...

TOMÁS. Es verdad que es una obra que ha estado prácticamente paralizada durante varios años, pero él no ve en eso más que formalismo.

ILIA. ¿Me quieren decir que esta ciudad y ese depósito tuvieron que ver en su momento algo con el Levantamiento? ¿Por qué quieren pegarle a la fuerza el sello del Levantamiento?

TOMÁS. No estamos pegando nada a la fuerza. Y en cuanto a eso si tiene que ver o no, no voy a darte lecciones ahora. Suponía que lo tenías claro desde hace mucho tiempo.

ILIA. ¿Cómo eso de que me llamo Ilia en honor a aquel guerrillero que murió en tus brazos?

TOMÁS. *(Se levanta con aire amenazador. Eva se interpone. Después de una breve pausa recoge la gorra y se encamina hacia la puer-*

ta.) Como eso, por ejemplo. Tenía exactamente tu edad de ahora y muchas, muchísimas ganas de vivir. Si puedo pedirte un favor...

ILIA. ¿Tú a mí?

TOMÁS. Haz un esfuerzo por ser digno de ese nombre. (Se marcha.)

*Una larga pausa, durante la cual Eva acompaña a Tomás hasta el corredor. Los hermanos, como si ya no tuvieran nada que decirse después de las palabras del padre, callan.*

EVA. (Cuando regresa.) Dios mío, ¿quién me iba a decir que algún día pasaría tantos disgustos por culpa de mis propios hijos?

MIKI. No hay motivo para que te disgustes por mí.

ILIA. Claro, en cada familia sólo puede haber una oveja negra.

MIKI. ¿Estás ofendido?

ILIA. Aún te falta por conocer lo que es la vida.

MIKI. Ya está bien de meterme miedo con la vida.

ILIA. Pero te estás revelando como un egoísta de primera clase.

MIKI. ¿Yo?

ILIA. ¿Y quién va a ser? En tus manos está que me ayuden.

MIKI. Ya oíste a papá.

ILIA. Por supuesto. Y para colmo, tú le ayudas a que se reafirme en él esa honradez sobrenatural con tus palabras grandilocuentes de que no quieres, ¡no deseas!, que te busque una palanca.

MIKI. Es cierto. No lo deseo.

ILIA. ¡Imbécil!

MIKI. Tal vez.

ILIA. Pero, Miki, ¿hasta cuándo?

MIKI. Digamos que definitivamente.

ILIA. ¿Es una cuestión de dignidad?

MIKI. ¿Tú no la tienes?

ILIA. ¿Qué?

MIKI. Estás hablando de la dignidad...

ILIA. ¡Imbécil!

MIKI. Si tú crees...

ILIA. Sí, eso es lo que creo.

EVA. ¡Dios mío, basta! No soporto seguir escuchando.

MIKI. Yo no lo estoy insultando.

ILIA. ¿Qué puede pasarte? Sencillamente, hay que decirle a papá que se deje de comer caritas.

MIKI. ¿Por qué no se lo dices tú?

ILIA. Ya lo hice, y hasta le rogué.

MIKI. ¿Estás convencido de que si le ruego yo por ti...

ILIA. Por mí no. Intenta hacerlo por ti.

MIKI. No entiendo tu lógica. Pides que lo haga primero por ti y después lo tuyo sólo será cosa de...

ILIA. Bien, entonces que lo haga sólo por mí.

MIKI. (Después de una pausa le tiende la mano al hermano.) De acuerdo.

ILIA. ¿Cómo?

MIKI. Voy a hablarle.

ILIA. ¿Dónde?

MIKI. Trataré de darle alcance. Debe de estar camino de la estación.

ILIA. (Acompaña a Miki hasta la puerta.) Soy tu deudor.

MIKI. Pero espero que retires lo de egoísta.

EVA. (Cuando se queda sola con Ilia.) ¿Se dejará convencer tu padre? Mucho me temo que no.

*Suena el timbre del teléfono*

ILIA. (Lo coge.) Sí... No... Acaba de marcharse. ¿Cuándo? ¿Mañana a las diez? ¡Pero si mañana es domingo! Ah, sí... entiendo. Bien, se lo diré.

EVA. ¿Quién era?

ILIA. Una compañera.

EVA. Dios mío.

ILIA. Dice que le recordemos a papá que mañana tiene plenaria de los ex combatientes de la resistencia.

EVA. ¿Qué plenaria?

ILIA. Están invitando a los guerrilleros.

EVA. ¿Ya no puede disfrutar ni de los domingos?

ILIA. Ellos siempre se reúnen los domingos por la mañana. La compañera me aleccionó por teléfono.

EVA. ¿Era Rosa?

ILIA. Qué sé yo cómo se llama.

EVA. Seguro que fue Rosa. Es la que le trae a tu padre el periódico de los ex combatientes. Es una mujer muy responsable y seria. Le falta un brazo, y sin embargo, ella sola crió cuatro hijos. Hace tiempo que pudo haberse retirado, pero sigue trabajando. Distribuye el correo y la prensa, y hay que ver con

qué habilidad, quisiera que la vieras. Y eso que tiene dos hermanos que son coroneles.

ILIA. Ya ves, son coroneles. Y los demás que estaban con papá en las montañas también son ya, si no ministros, al menos viceministros, directores y dirigentes. Sólo nuestro padre sigue siendo un simple maquinista de turno.

EVA. Es verdad. Pero nunca se lo he reprochado. Tú tampoco deberías hacerlo. Él es así y no va a cambiar.

ILIA. Pero toda aquella gente tiene al menos algún provecho de haber participado en el Levantamiento. ¿Y qué provecho tenemos nosotros?

EVA. ¿De qué provechos estás hablando?

ILIA. ¿Acaso tú no te mereces...

EVA. ¿Yo?

ILIA. ...un empleo mejor y más tranquilo que el de cajera en un supermercado? ¿Y él? ¿Hasta cuándo piensas que puede resistir? ¿Manejar la locomotora y atender los cargos?

EVA. Sí, eso. Los cargos.

ILIA. Podría quedarse con ellos, pero teniendo un empleo más cómodo. El jefe de la estación no es más que un quinto corriente.

solo unos años mayor que yo. ¿Y papá? ¿De qué le sirve su historial de guerrillero? De nada. ¿Tenemos una residencia y carro propio? No. Vivimos en un apartamento estatal corriente y estrecho, de dos habitaciones. ¿Tenemos una cuenta en el banco?

EVA. Dios mío, Ilia, ¿con qué dinero?

ILIA. En fin, no tenemos ningún provecho de todo el Levantamiento sólo mucha agitación y preocupaciones con los festejos.

EVA. Pero tú no puedes decírselo así.

ILIA. ¿No? ¿Y cómo? ¿Cómo debo decirle por fin la verdad?

EVA. Yo... Por la noche trataré de hablar con él.

ILIA. Ayer me dijiste lo mismo.

EVA. Me dio miedo soltárselo así, de repente.

ILIA. ¿Y hoy? ¿Hoy no te dará miedo?

EVA. No sé. Todo esto me hace pensar mucho. En la vida que he vivido... con tu padre... con ustedes dos.

ILIA. En esa vida no hay nada que envidiar.

EVA. Nunca aspiré a que alguien me enviara.

ILIA. Pero imagínate cómo pudiste haber vivido.

EVA. Para mí será suficiente si lo logras tú.  
ILIA. Podría lograrlo.

EVA. Ojalá. *(Enciende el radio. Igual que en la noche anterior, en el silencio irrumpen los tonos de una marcha combativa. Cuando Eva se va a la cocina, Ilia de vueltas al selector para buscar otro programa.)*

## ESCENA SEGUNDA

*Miki y los anteriores.*

*Miki entra en el cuarto de la antesala. Eva e Ilia lo siguen con una mirada larga e interrogativa.*

ILIA. ¿No pudiste darle alcance?

MIKI. *(Resignado.)* Sí.

ILIA. ¿Y qué?

MIKI. Nada.

EVA. Yo lo sabía.

ILIA. ¿Se lo dijiste?

MIKI. Todo.

EVA. ¿Todo?

MIKI. Todo. Que sepa la verdad.

EVA. ¡Dios mío, Miki!

ILIA. ¿Cómo se lo dijiste?

MIKI. Sencillamente le dije que si no quería hacerlo por ti que lo hiciera por esa pequeña.

EVA. ¿Tú le hablaste de eso?

MIKI. Pensé que al saberse abuelo se ablandaría un poco.

EVA. Dios mío.

ILIA. ¿Y él, qué?

MIKI. No lo cree.

ILIA. ¿Qué?

MIKI. No cree que ya es abuelo. Se rió y dijo que eso no era más que una trampa que tú inventaste para atraparnos a todos. Que sencillamente quieres procurarte una vida más fácil.

ILIA. ¿Él no lo cree?

MIKI. Dice que le gustaría ver a esa nietecita.

EVA. ¿Te dijo eso?

MIKI. Hace tiempo que no lo veía reír con tantas ganas.

EVA. Dios mío.

MIKI. En la calle la gente se detenía para mirarnos.

ILIA. (Se levanta con decisión.) Está bien.

EVA. Ilia...

ILIA. Esa risa se le pasará muy pronto.

MIKI. Escucha, Ilia, ¿sabes que yo también tengo mis dudas?

ILIA. En tu caso no me sorprende. (Levanta el auricular y marca un número.)

EVA. ¿Qué vas a hacer? ¿Adónde estás llamando?

ILIA. Voy a convencer a los incrédulos.

EVA. ¿Cómo?

ILIA. (Hablando por teléfono.) ¿Distancia? Aquí el doscientos treinta y tres. Póngame con Bratislava. Trescientos treinta ochocientos diez.

EVA. ¡Dios mío, Ilia!

*Ilia cuelga.*

MIKI. ¿Pediste una llamada?

EVA. ¿Qué quieres hacer?

ILIA. ¿No has oído? Papá no lo quiere creer.

MIKI. Es que de verdad es algo casi increíble.

ILIA. Depende de quién lo dice.

*Suena el teléfono.*

ILIA. (Lo coge.) Sí, es el número. Esperaré... ¿Oigo? Oh, saludos. A Katka... Póngame con Katka, sí...

EVA. ¡Ilia! ¿Qué quieres decirle?

ILIA. (Por teléfono.) ¿Katka? Hola, soy yo. Todo bien... Sí. ¿Te sorprendí, eh? Es que tengo que pedirte un favor: necesito que vengas mañana con la niña a casa de mis padres. ¿Cómo? ¿Qué? En el primer tren. ¿Qué...? ¿Un cochecito? ¿Que todavía no tenemos cochecito? No tiene importancia, podemos cargarla en los brazos. Ahora los días son calurosos. No te preocupes, no se va a resfriar. Sólo es una hora de viaje... ¿Cómo..? Pues, simple y llanamente, el abuelo quiere verla. Sí... Ya ves... Y tú que tenías tanto miedo. Bueno, las espero por la mañana en la estación Chao. (Cuelga.)

EVA. (Susurrando.) Dios mío...

*El escenario se va oscureciendo. El silencio lo llena el ruido de un tren que pasa.*



## ACTO CUARTO

*Domingo por la mañana. El escenario permanece sin cambios. Sólo el sofá está con ropa de cama, en él duerme Iliá. A través de las persianas entornadas se filtran los rayos del sol.*

### ESCENA PRIMERA

*Iliá y Eva.*

*Eva sale del dormitorio, pasa junto al hijo dormido y abre las persianas. La habitación se inunda de luz.*

ILIA. *(Se despierta y observa a la madre parada junto a la ventana.)* Buenos días.

EVA. Buenos... No son tan buenos para todo el mundo. En toda la noche no he pegado los ojos.

ILIA. *(Mira la puerta del dormitorio.)* ¿Heblaste con él?

EVA. ¿Con quién?

ILIA. Con papá.

EVA. Aún no ha regresado.

ILIA. ¿Dónde puede estar?

EVA. Qué sé yo.

ILIA. ¿Llamaste al depósito?

EVA. Nadie sale al teléfono.

ILIA. ¿Y a la oficina del jefe de la estación?

EVA. Allí tampoco.

ILIA. *(Comienza a vestirse con prisa.)* ¿Le dijeron que tendremos visita hoy?

EVA. ¿Cuándo se lo iba decir?

ILIA. ¿Ahora tampoco tendrá valor para mirar a la cara a su primer nieto? Prefiere perderse. Quiere llevarnos la contraria.

EVA. Lo más probable es que se haya quedado a doblar el turno.

ILIA. ¿Dónde está Miki?

EVA. Salió hace rato.

ILIA. ¿Adónde fue tan temprano? ¿El domingo por la mañana? ¿Él tampoco quiere ver a mi familia en formación completa?

EVA. Dios mío, no es eso. Todo lo contrario.

ILIA. ¿Todo lo contrario?

EVA. Me pidió que no te dijera nada, pero para que no tengan que cargar a esa pequeña en los brazos... Quiero decir, de la esta-

## ACTO CUARTO

*Domingo por la mañana. El escenario permanece sin cambios. Sólo el sofá está con ropa de cama, en él duerme Iliá. A través de las persianas entornadas se filtran los rayos del sol.*

### ESCENA PRIMERA

*Iliá y Eva.*

*Eva sale del dormitorio, pasa junto al hijo dormido y abre las persianas. La habitación se inunda de luz.*

ILIA. *(Se despierta y observa a la madre parada junto a la ventana.)* Buenos días.

EVA. Buenos... No son tan buenos para todo el mundo. En toda la noche no he pegado los ojos.

ILIA. *(Mira la puerta del dormitorio.)* ¿Hablaste con él?

EVA. ¿Con quién?

ILIA. Con papá.

EVA. Aún no ha regresado.

ILIA. ¿Dónde puede estar?

EVA. Qué sé yo.

ILIA. ¿Llamaste al depósito?

EVA. Nadie sale al teléfono.

ILIA. ¿Y a la oficina del jefe de la estación?

EVA. Allí tampoco.

ILIA. *(Comienza a vestirse con prisa.)* ¿Le dijeron que tendremos visita hoy?

EVA. ¿Cuándo se lo iba decir?

ILIA. ¿Ahora tampoco tendrá valor para mirar a la cara a su primer nieto? Prefiere perderse. Quiere llevarnos la contraria.

EVA. Lo más probable es que se haya quedado a doblar el turno.

ILIA. ¿Dónde está Miki?

EVA. Salió hace rato.

ILIA. ¿Adónde fue tan temprano? ¿El domingo por la mañana? ¿Él tampoco quiere ver a mi familia en formación completa?

EVA. Dios mío, no es eso. Todo lo contrario.

ILIA. ¿Todo lo contrario?

EVA. Me pidió que no te dijera nada, pero para que no tengan que cargar a esa pequeña en los brazos... Quiero decir, de la esta-

ción hasta aquí... Fue a pedir prestado un coche. La hermana de Magda tiene un niño recién nacido. Dice Miki que ellos podrán prescindir del cochecito por el día de hoy. Quiere darte la sorpresa.

ILIA. ¿Dónde?

EVA. Los va a esperar en la estación.

ILIA. ¿Miki? ¿Con un cochecito?

EVA. Pórtate bien con él.

ILIA. Es un chiquillo.

EVA. Pero no digas que no te alegras.

ILIA. No sé. No acabo de conocerlo. Hace cinco años que sólo nos vemos en las vacaciones. *(Se dispone a marchar.)*

EVA. ¿Y el desayuno?

ILIA. Después.

EVA. Debieras tomar aunque sea una taza de té. El tren no llega sino dentro de media hora.

ILIA. Pero antes quisiera ver...

EVA. ¿A papá? Ilia, por favor...

ILIA. Ya sé, ya sé.

EVA. A propósito, ¿qué les preparo para el almuerzo.

ILIA. Lo que siempre.

EVA. ¿Y para la visita?

ILIA. Lo mismo que para los de la casa.

EVA. Dios mío.

ILIA. Espero que la leche maternizada la traigan consigo.

EVA. ¿La pequeña toma leche en polvo? Dios mío, ¿qué madre es ésa?

ILIA. En nuestros días es...

EVA. ¿Un método?

ILIA. No, así lo orienta el médico.

EVA. ¿Y qué ropa debo ponerme?

ILIA. Pero mamá, ¿qué pasa, tienes miedo escénico?

EVA. ¿Y te sorprendería? ¿Después de todo esto?

ILIA. Bueno, me marchó.

*Eva cierra la puerta tras el hijo, luego va a la ventana y mira hacia afuera. En el silencio dominical se escucha el ruido del ascensor que cesa con un tirón de la puerta de metal. Eva enciende el radio. La habitación es invadida por los acordes de la Octava Sinfonía de Schubert. En ese momento como si la melodía ayudara a Eva a vencer la*

sensación de tensión después de la noche en vela. Camina sin rumbo por la casa como si de pronto no supiera qué hacer, qué tocar, por dónde empezar. La sinfonía suena desde este momento con la misma suavidad hasta el final de la pieza. Afuera nuevamente se oye el ascensor, Eva se queda escuchando, va a abrir. En la puerta está Tomás.

## ESCENA SEGUNDA

*Tomás y Eva.*

EVA. Dios mío, Tomás, ¿dónde has estado tanto tiempo?

TOMÁS. *(Cansado después del turno de la noche, sólo le acaricia la mejilla, guarda la gorra y el maletín vacío.)* ¿No lo sabes? ¿Dónde acostumbro yo errar por las noches?

EVA. ¿No pudiste llamar al menos?

TOMÁS. Por la noche ya estaba preparado para venir a casa. Y de pronto se apareció un tren completo. Llegaron vagones para la obra. Había que maniobrar con ellos, pero, naturalmente, a esa hora no había nadie quien lo hiciera. ¡Ausentistas! ¿Acaso debí esperar hasta por la mañana?

EVA. Tú, por supuesto, no.

TOMÁS. Y me dije: «No importa, el domingo dormiré a pierna suelta.»

EVA. Dios mío, él quiere dormir.

TOMÁS. ¿Y qué tiene de malo? Seguro que los jóvenes irán a bañarse. *(Mira a su alrededor.)* Mejor dicho, ya se fueron, ¿no es así?

EVA. No sé.

TOMÁS. *(Señala el radio.)* ¿Qué estás escuchando?

EVA. ¿Yo?

TOMÁS. ¿Los nuestros transmiten una música tan triste un domingo?

EVA. No sé quiénes la están transmitiendo... Por la noche los muchachos estuvieron cambiando las emisoras.

TOMÁS. ¿En la televisión no había nada?

EVA. No la miramos.

TOMÁS. Dicen que ayer estuvieron filmando algo.

EVA. ¿Dónde?

TOMÁS. En nuestra obra.

EVA. ¿Entonces tú crees que podrán?

TOMÁS. No sé. No hemos averiguado todavía si con esa filmación quieren ayudarnos o acabar de hundirnos. ¿Dónde están los muchachos?

EVA. ¿No te encontraste con Ilia?

TOMÁS. No.

EVA. Se fueron.

TOMÁS. ¿Adónde?

EVA. Cómo decirte...

TOMÁS. Los domingos por lo general duermen para recuperar el sueño atrasado.

EVA. Pero hoy no.

TOMÁS. ¿Cambio de programa?

EVA. Creo que sí. Y bastante grande.

TOMÁS. ¿No me digas?

EVA. Tomás, por favor...

TOMÁS. Estoy viendo.

EVA. ¿Qué estás viendo?

TOMÁS. Que tienes los ojos hinchados de llorar.

EVA. Eso sólo te parece.

TOMÁS. Qué va, yo veo bien, incluso sin espejuelos.

EVA. Tomás, por favor...

TOMÁS. Siéntate.

EVA. No es necesario.

TOMÁS. *(Se sienta.)* Yo sé, hijos grandes, preocupaciones grandes.

EVA. Menos mal que siquiera estás consciente de eso.

TOMÁS. ¿Tú crees que a mí no me preocupa?

EVA. ¿Qué vamos a hacer?

TOMÁS. Miki enviará una carta de apelación a la comisión.

EVA. Él sí. Él puede hacerlo. ¿Y qué hacemos con Ilia?

TOMÁS. Me parece que hay poco aire en esta habitación.

EVA. ¿Aquí?

TOMÁS. *(Se desabrocha la camisa.)* Sí.

EVA. Las ventanas están abiertas de par en par en toda la casa.

TOMÁS. ¿Decías que qué haremos con Ilia?

EVA. Tomás, querido... Tengo que hablar contigo seriamente, en confianza...

TOMÁS. Tú ves por sus ojos. Lo sé. Como todas las madres, por los del primogénito.

EVA. Es que... quiero que sepas toda la verdad...

TOMÁS. Lo de...

EVA. Lo que te dijo Miki anoche no es una broma.

TOMÁS. *(Después de una pausa.)* Por favor, abre mejor esas ventanas.

EVA. Es que él... lía de veras...

TOMÁS. Tiene que casarse.

EVA. Si fuera sólo eso.

TOMÁS. Él también es ya...

EVA. También es ya padre.

TOMÁS. *(Después de una pausa.)* Eso quiere decir...

EVA. Que tú y yo...

TOMÁS. Entiendo...

EVA. Pero eso tampoco es todo.

TOMÁS. ¿Qué más?

EVA. Es que él...

TOMÁS. ¿Qué ha hecho?

EVA. Las invitó... Fue a esperarlas.

TOMÁS. ¿A quién invitó?

EVA. Dios mío, ¡a quién! A nuestra nuera y a nuestra nieta. Llegarán en el tren de la mañana. Y vienen para acá.

TOMÁS. *(Después de una pausa.)* ¿Y qué? Tendremos invitados.

EVA. ¡Tomás, por favor!

TOMÁS. ¿Por qué tiembles así?

EVA. Porque temo, le temo mucho a ese encuentro.

TOMÁS. ¿Por qué? Yo no muerdo.

EVA. Lo que pasó, pasó. Tenemos que ayudarlos. lía necesita urgentemente esa plaza en la capital. Ahora ya tendrás que hacer algo, y no sólo por él y para él.

TOMÁS. No fui yo quien le complicó la vida.

EVA. Lo sé. Ni yo tampoco, pero como las cosas han tomado ese rumbo...

TOMÁS. Ya es mayor de edad, que se esfuerce.

EVA. Él quiere. Quiere ocuparse a conciencia de la familia y de sí mismo. Otros desgracian a las muchachas y después buscan cómo evadir la responsabilidad. Él no.

TOMÁS. Ahora va a probar lo que es la vida.

EVA. Pero para empezar, para ese primer paso en la vida verdadera necesitará tu ayuda.

*Suena el timbre de la puerta.*

EVA. ¡Dios mío! Son ellos. (*Va a abrir.*) Tomás, acuérdate que eres su padre... Y ahora ya no sólo de él sino de los tres.

### ESCENA TERCERA

*Hajnos y los anteriores.*

HAJNOS. (*A Eva en la antesala.*) No, no. Es imposible. No puedo creerlo.

TOMÁS. ¿Qué?

HAJNOS. Que no le dieron la carrera de medicina.

EVA. ¿Quién se lo ha dicho?

HAJNOS. Mi hija, pero pensé que era una broma. Las muchachas de hoy gustan mucho de gastar ese tipo de bromas. Pero esta mañana me lo confirmó también su otro hijo.

TOMÁS. ¿Iliá?

EVA. ¿Usted ha hablado con Iliá?

HAJNOS. Sólo en el ascensor.

EVA. Por falta de plazas, dicen.

HAJNOS. ¡Por favor!

TOMÁS. Hará una carta de apelación.

HAJNOS. Por supuesto, pero además...

TOMÁS. ¿Qué?

EVA. Dios mío, Tomás.

TOMÁS. Él lo ha dicho aquí en voz bien alta. No quiere ningún padrino.

HAJNOS. Naturalmente. Es todavía un niño.

EVA. Yo digo lo mismo. ¿Y qué nos aconseja usted, doctor?

HAJNOS. Me imagino que ustedes no querrán que el muchacho sufra y se complique la vida ya desde ahora

EVA. Soy de la misma opinión.

HAJNOS. Si es necesario, tengo amigos en la misma facultad

TOMÁS. Y sin ellos... ¿Tú estás convencido que sin ellos no lo lograremos?

HAJNOS. Puede que sí y puede que no. Pero siempre será un riesgo. Te comprendo. En tu posición es muy distinto intervenir a favor de otros que a favor de tu propio hijo. Incluso te puede parecer hasta repugnante. Lo entiendo. Pero en este caso tú no tendrás que hacer nada. Tú quédate al margen. Yo me encargo de todo. Incluso él ni siquiera tiene que enterarse

EVA. Dios mío, doctor. ¿usted sería capaz de...?

TOMÁS. Un momento.

HAJNOS. ¿Qué sucede?

TOMÁS. ¿Y qué quieres a cambio?

HAJNOS. ¿Cómo?

TOMÁS. ¿Cumplirás ese deber por mí solo así?

HAJNOS. No te entiendo.

TOMÁS. ¿Sin nada a cambio?

HAJNOS. Por favor...

TOMÁS. Esa doscientos cincuenta de todas maneras no te la voy a...

HAJNOS. Olvídate de eso. Como si no te hubiera dicho nada. Me conformo con que tu esposa...

EVA. ¿Yo?

HAJNOS. Hable con Rosa. Su hermano me mandó decir que puedo ir a verlo.

EVA. Por supuesto. Con mucho gusto.

HAJNOS. Cuando tenga un ratico libre, iríamos los dos juntos.

EVA. Por supuesto. Si quiere, mañana por la tarde. El supermercado no abre.

HAJNOS. Magnífico. Y entonces tampoco deben temer por Ilia.

TOMÁS. ¿Por quién?

HAJNOS. Ilia se llama tu hijo mayor, ¿no es así?

EVA. Sí, Ilia.

HAJNOS. En realidad, he venido por él. Me explicó lo que necesita.

EVA. ¿Cuándo?

TOMÁS. ¿En el ascensor?

HAJNOS. Para informaciones como ésa, por lo general no se necesitan muchas palabras. Claro está que llamé inmediatamente a mi hermano... De modo que puedo comunicarles que esa plaza está asegurada para él sin ningún tipo de problemas.

EVA. ¡Doctor!

HAJNOS. ¿Por que no? ¿Por qué no ayudarnos mutuamente? Somos seres humanos. Y queramos o no, un día nuestros hijos pueden preguntarnos si hemos hecho por ellos todo lo que pudimos o tuvimos que hacer.

TOMÁS. Canalla.

HAJNOS. ¿Quién?

TOMÁS. Anda por este mundo sin una pizca de vergüenza.

HAJNOS. Por favor, ¿qué vergüenza? Hay un viejo dicho eslovaco que reza así: «Quien anda con mucha vergüenza tiene vacía la panza».



TOMÁS. Molestar a personas extrañas...

HAJNOS. ¿Quién es extraño aquí?

TOMÁS. ¿Por qué no lo botaste?

HAJNOS. ¿Quieres decirme que tú lo harías?  
¿Que tú botarías a mi hija si viniera a tu casa a pedirte cualquier favor? No quieras hacerte lo que no eres.

TOMÁS. Nunca se sabe.

HAJNOS. Lo sé con toda seguridad.

TOMÁS. ¿Qué sabes?

HAJNOS. Que no me firmaste el aval para la doscientos cincuenta porque ni tú mismo la tienes todavía.

TOMÁS. *(Después de una pausa.)* No la tengo. Ciertamente, no la tengo, pero no porque no me pertenezca...

HAJNOS. Lo sé, lo sé...

TOMÁS. *(Gritando.)* ¿Qué sabes? ¿Qué puedes saber tú? Sólo sabes que no la tengo. Pero yo no la tengo porque no he tenido tiempo de aspirar a ella. Sencillamente, porque no he tenido tiempo... De buscar firmas y llenar modelos.

HAJNOS. ¿Por qué levantas la voz?

TOMÁS. Para que oigas bien que yo, hasta ahora, no he sentido la necesidad de ella. No

es algo que me falte para ser feliz. Hasta ahora he tenido la cabeza llena de otras preocupaciones.

HAJNOS. No lo he dicho para ofenderte...

TOMÁS. Comprendo.

HAJNOS. Pero una reacción tan violenta no da la mejor imagen de tu persona.

EVA. Es que él... De nuevo dobló el turno por la noche.

HAJNOS. ¿Qué dice?

EVA. Regresó hace sólo un ratico.

HAJNOS. ¿Es que de verdad no hay quien lo haga?

EVA. No hay.

HAJNOS. ¿Y si mañana le doy un certificado por varios días?

TOMÁS. Sí, es lo único que me faltaba.

HAJNOS. *(A Eva.)* Entonces, mañana por la tarde. Como veo, están esperando visita. No voy a entretenerlos. Mañana por la tarde pasaré por aquí.

EVA. Como guste. Lo esperaré. No sé cómo agradecerle su gentileza, doctor. *(Lo acompaña hasta la puerta.)*

*Se escucha el ruido del ascensor. Tomás consulta su reloj.*

EVA. *(Cuando regresa de la puerta.)* Comoquiera que sea, es una buena persona. Puedes decir lo que te dé la gana.

TOMÁS. *(Con un gesto resignado.)* Bien, bien, no he dicho nada.

EVA. Claro, tú eres así. Por lo menos debiste darle las gracias.

TOMÁS. *(Como ausente, mira un punto fijo.)*

EVA. ¿Por qué no dices nada?

TOMÁS. Estoy pensando.

EVA. ¿En qué?

TOMÁS. Cuando nosotros dos empezábamos...

EVA. Eran otros tiempos.

TOMÁS. ¿Y cómo se llama esa pequeña?

EVA. Igual que yo.

TOMÁS. ¿Eva?

EVA. Dios mío, Tomás... Son nuestros propios hijos...

TOMÁS. Nuestros.

EVA. Te ruego, te ruego encarecidamente. Dentro de un rato estarán aquí. Se quedarán en esa puerta frente a ti... Por favor...

TOMÁS. ¿Qué debo hacer?

EVA. Al menor por otra cara, más amable.

TOMÁS. Bueno... Debería afeitarme para una ocasión así, ¿no crees?

EVA. Cierto. Pero apúrate.

TOMÁS. ¡Escucha, abuela!

EVA. *(Abraza fervorosamente al marido.)* Vamos, vamos, abuelito.

TOMÁS. ¿Y la otra?

EVA. Se llama Katka.

TOMÁS. Katarina. Ese nombre no lo hemos tenido nunca en la familia.

EVA. No tiene importancia. Lo importante es que sean felices.

TOMÁS. ¿Y no te parece que los has perdonado demasiado rápido?

EVA. ¿Qué hacer? Son los tiempos. Todo se **hace aprisa.**

TOMÁS. Depende de dónde y cómo.

EVA. En definitiva, tal vez sea mejor así.

TOMÁS. No, no es mejor así.

EVA. Está bien, pero ve a afeitarte y ponte una camisa limpia. Y cámbiate el pantalón del uniforme. *(Corre al dormitorio en busca de las cosas.)*

TOMÁS. *(Cansado, se estira en el sofá. No se percata de que ha entrado Miki.)*

ESCENA CUARTA

*Miki y los anteriores.*

*Miki se detiene y mira con curiosidad al padre. Eva sale del dormitorio.*

MIKI. *(En voz baja, a la madre.)* ¿Está durmiendo?

EVA. No, qué va...

TOMÁS. *(Ve a Miki.)* ¿Y qué? ¿Ya escribiste la carta de apelación?

MIKI. ¿Cuándo llegaste?

TOMÁS. ¿Tú también me vas a interrogar?

MIKI. ¿Tú no viste lo que está ocurriendo?

EVA. ¿Dónde?

MIKI. La unidad completa está formada.

TOMÁS. *(Se anima.)* ¿De veras? *(Va a la ventana.)*

MIKI. Con la técnica y todo. Tienen aplanadoras; antes del almuerzo tumbarán el terraplén viejo. Papá, si esta vez no lo logramos, comenzaré a creer en la brujería.

EVA. ¿Y el cochecito?

MIKI. *(Asombrado por la pregunta hecha en voz tan alta.)*

EVA. No temas. Papá lo sabe. Ya lo sabe todo.

MIKI. No pude conseguir el cochecito. La hermana de Magda no está en casa.

EVA. Dios mío. Pobrecita, tendrán que traerla en los brazos.

TOMÁS. Deberíamos ir a recibirlos, ¿no crees?

EVA. ¿Tú? Si acaso, Miki. Le dijo a Ilia que los iba a esperar en la estación con el cochecito.

MIKI. ¿Qué trabajo te cuesta guardar los secretos!

EVA. Ahora vengan a comer. *(Se va a la cocina.)*

TOMÁS. *(A Miki.)* ¿Y tú qué crees?

MIKI. Qué sé yo.

TOMÁS. *(En voz muy baja.)* Mamá se cree que con ese cochecito me ha ablandado el corazón. Que ahora empedraré a Ilia el camino al paraíso.

MIKI. Mamá es mamá, como todas las madres.

TOMÁS. Escucha, Miki. Repítelo otra vez.

MIKI. ¿Qué?

TOMÁS. Quiero oír otra vez lo que dijiste aquí anoche. Y lo volverás a decir también delante de ellos.

MIKI. Papá, en este asunto no se trata de mí.

TOMÁS. Lo sé muy bien. De ti no, pero quiero estar seguro por lo menos de ti si ellos lo gran ablandarme con esa pequeña.

EVA. *(Desde la cocina tira a Tomás una toalla.)* ¡A afeitarse! *(A Miki.)* Y tú me ayudarás a pelar las papas.

TOMÁS. *(Coge la toalla.)* Usted es la que manda. A propósito, Miki, ayer estaba mirando las nóminas. Ese trabajo productivo que están haciendo les está arrojando una buena ganancia.

MIKI. ¿Coronas?

TOMÁS. Y muchas.

MIKI. Cada corona viene bien, pero no veo ningún principio en el dinero.

EVA. Déjate de principios, por primera vez te vestirás con tu propio dinero.

TOMÁS. Pero con decencia. No quiero verte paseándote por la capital con un pantalón de cebra como Iliá. *(En lugar del baño, entra en el dormitorio.)*

MIKI. *(Con una cazuela de papas en las rodillas.)* A mí me da igual.

EVA. No me digas. ¿Y Jarmilka? No creo que le gustarías haraposo.

MIKI. *(Sorprendido por la alusión de la madre.)* ¿Qué dices?

EVA. Lo que acabas de oír.

MIKI. ¿Cómo tú sabes que Jarmilka...?

EVA. Dios mío, las cosas que yo sé y que tú no sabes. Te asombrarías.

*Miki le hace una seña a la madre que hable más bajo delante del padre, el cual dejó abierta la puerta del dormitorio.*

EVA. No he dicho nada. Es una muchacha bonita, al menos juzgando por esa fotografía.

MIKI. Conque eso tenemos. ¿Tú estudias de mi libro de biología?

EVA. Ejm. Pero no debes ofenderte por eso.

MIKI. *(Llama al dormitorio.)* ¿Papá? ¿Qué te parece? ¿No debíamos ir a ver a esos soldados?

EVA. ¿Ahora?

MIKI. Bueno, a la hora del almuerzo.

EVA. No irán a ninguna parte. ¿Me quieren dejar sola aquí con ellos?

MIKI. ¡Cuántas mujeres juntas de pronto!  
Nunca antes ha sucedido en esta familia.

EVA. Creo que yo también debería cambiarme  
de ropa.

MIKI. Ya lo creo. Una abuela tan joven debe  
presumir mucho más que cualquier otra.

EVA. *(Se mira en el espejo, entra en el dormi-  
torio. Una pausa, después un grito.)* ¡Tomás!

MIKI. *(Suelta la cazuela con las papas y corre  
tras la madre al dormitorio.)* ¿Qué sucede?

EVA. ¡Santo Dios!

MIKI. ¡Papá! ¿Qué tienes, papá?

EVA. Un ataque, igual que antes de anoche.

MIKI. Se está asfixiando.

EVA. Dios mío, estaba diciendo que había poco  
aire aquí.

MIKI. ¡Papá!

EVA. ¡Llama al cuerpo de guardia!

MIKI. *(Corre al teléfono.)* ¿Qué número?

EVA. No sé.

MIKI. ¿Adónde llamo?

EVA. ¡Al cuerpo de guardia!

MIKI. ¡Pero el número!

EVA. ¡Estará en la guía!

MIKI. ¿Dónde está a guía?

EVA. No sé.

*Miki marca un número cualquiera.*

EVA. ¡Llama rápido! ¡Auxilio!

*Miki se da cuenta de que no comunica  
y tira el auricular.*

EVA. ¡Miki! ¿Adónde vas?

*Miki sale corriendo al corredor.*

EVA. ¡Por Dios! ¡No te vayas! ¡Pide auxilio!  
*(Corre de nuevo al dormitorio, después re-  
gresa con una toalla para mojarla, vuelve al  
dormitorio. En el radio suenan los últimos  
acordes de la sinfonía de Schubert. Silencio.)*  
¡Tomás! ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué te  
duele? ¡Habla! ¡No te quedes callado! ¡No  
debes...! ¿Me oyes? ¡No debes...! *(Sale co-  
rriendo del dormitorio.)* ¡Auxilio! ¡Auxilio!

MIKI. ¡Cuántas mujeres juntas de pronto!  
Nunca antes ha sucedido en esta familia.

EVA. Creo que yo también debería cambiarme  
de ropa.

MIKI. Ya lo creo. Una abuela tan joven debe  
presumir mucho más que cualquier otra.

EVA. *(Se mira en el espejo, entra en el dormitorio. Una pausa, después un grito.)* ¡Tomás!

MIKI. *(Suelta la cazuela con las papas y corre tras la madre al dormitorio.)* ¿Qué sucede?

EVA. ¡Santo Dios!

MIKI. ¡Papá! ¿Qué tienes, papá?

EVA. Un ataque, igual que antes de anoche.

MIKI. Se está asfixiando.

EVA. Dios mío, estaba diciendo que había poco  
aire aquí.

MIKI. ¡Papá!

EVA. ¡Llama al cuerpo de guardia!

MIKI. *(Corre al teléfono.)* ¿Qué número?

EVA. No sé.

MIKI. ¿Adónde llamo?

EVA. ¡Al cuerpo de guardia!

MIKI. ¡Pero el número!

EVA. ¡Estará en la guía!

MIKI. ¿Dónde está a guía?

EVA. No sé.

*Miki marca un número cualquiera.*

EVA. ¡Llama rápido! ¡Auxilio!

*Miki se da cuenta de que no comunica  
y tira el auricular.*

EVA. ¡Miki! ¿Adónde vas?

*Miki sale corriendo al corredor.*

EVA. ¡Por Dios! ¡No te vayas! ¡Pide auxilio!  
*(Corre de nuevo al dormitorio, después re-  
gresa con una toalla para mojarla, vuelve al  
dormitorio. En el radio suenan los últimos  
acordes de la sinfonía de Schubert. Silencio.)*  
¡Tomás! ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué te  
duele? ¡Habla! ¡No te quedes callado! ¡No  
debes...! ¿Me oyes? ¡No debes...! *(Sale co-  
rriendo del dormitorio.)* ¡Auxilio! ¡Auxilio!

## ESCENA QUINTA

*Hajnos y los anteriores.*

*Hajnos entra corriendo con Miki.*

EVA. *(Señala la puerta abierta del dormitorio.)*  
¡Allí! ¡Allí!

*Hajnos entra en el dormitorio.*

*Miki se queda parado en la puerta.*

*Eva al lado de él.*

*Desde abajo llega el ruido del ascensor, después el golpe de la puerta. Eva y Miki contemplan a Hajnos quien se inclina sobre Tomás. No se percatan de que en la antesala está Ilia con la niña en los brazos.*

## ESCENA SEXTA

*Ilia y los anteriores.*

*El momento de tensión se interrumpe con el llanto de la niña. Eva y Miki vuelven las cabezas. Una escena inmó-*

*vil, en la que las miradas consternadas de ambos saltan de Ilia a la niña.*

*Ilia sin comprender nada, mira a la madre y al hermano que siguen inmóviles, coloca a la niña sobre la mesa y, perplejo, avanza un paso.*

EVA. Está allí.

ILIA. ¿Quién?

MIKI. El doctor Hajnos.

ILIA. *(Entusiasmado.)* ¿Lo llamó papá?

MIKI. *(En un gesto de dolor se agarra la cabeza con ambas manos.)* No. Papá no... Lo tuvimos que llamar nosotros.

*De nuevo una pausa.*

*Hajnos se detiene en la puerta, luego se inclina profundamente y tiende su diestra, en señal de condolencia, a Eva.*

EVA. ¡No, no, no! *(Se lanza al dormitorio.)*

HAJNOS. Lamentablemente, es así. *(Da otro paso, le tiende la mano a Miki, luego a Ilia. Éstos permanecen inmóviles, como si aún no percibieran totalmente el hecho estremece-dor.)*

EVA. *(Desde el dormitorio.)* ¡Tomás! *(Su grito es interrumpido por el llanto de la niña.)*

